

Miguel Mazzeo

Entre la reinención de la política y el fetichismo del poder

Cavilaciones sobre la izquierda independiente argentina

“Los pueblos no pueden dejar de haber aprendido, ni dejar de sentir que son fuertes: poco falta para que se vulgarice, entre ellos, el principio motor de todas las acciones, que es el siguiente. La fuerza material está en la MASA y la fuerza moral en el MOVIMIENTO.”

Simón Rodríguez, *Luces y virtudes sociales* (1840)

“Sólo cuando el hombre real, individual, reabsorba en sí mismo al abstracto ciudadano y, como hombre individual, ‘exista al nivel de la especie’ en su vida empírica, en su trabajo individual, en sus relaciones individuales; sólo cuando, habiendo reconocido y organizado sus ‘fuerzas propias’ como ‘fuerzas sociales’, ya no se separe de sí la fuerza social en forma de fuerza ‘política’, sólo entonces, se habrá cumplido la verdadera emancipación humana...”

Karl Marx, *La cuestión judía* (1843)

“La emancipación económica de los trabajadores es el supremo objetivo a que debe subordinarse todo movimiento político, como medio...”

Karl Marx, *Manifiesto inaugural de la Asociación Internacional de los trabajadores* (1864)

“Frente a la vieja sociedad, con sus miserias económicas y su delirio político, está surgiendo una sociedad nueva.”

Karl Marx, *Primer manifiesto de la Internacional sobre la Guerra Franco prusiana* (1870)

Prólogo

Por: **Sergio Nicanoff**

Quienes transitamos el largo recorrido que va desde las luchas contra el menemismo en la década del 90, pasando por la crisis de dominación que se condensó en el año 2001 con la debacle de la Alianza, hasta llegar al ciclo de reconstrucción de la gobernabilidad burguesa encarnado por el kirchnerismo, vimos nacer, conformarse y dar sus primeros pasos a un espacio político diferente. Ese espacio –autodenominado como izquierda independiente– tuvo y tiene características multifacéticas y heterogéneas, pero un norte compartido y una serie de ideas-fuerza que se engendraron desde los propios procesos de lucha, centralmente alrededor de 2001.

Esos elementos comunes no se evidenciaron solamente en la formación de distintos movimientos y organizaciones que le dieron carnadura, sino que, además, implicaron la existencia de una subjetividad militante que permeó a franjas amplias de la militancia popular, una subjetividad que excedió –y excede– los espacios más orgánicos.

Se trata de una subjetividad que prioriza la praxis por sobre las doctrinas y los programas; que recuperó de la generación del 60 y del 70, entre otras cosas, el imperativo de poner el cuerpo, de involucrarse de lleno en la acción transformadora; una subjetividad que tiene como norte principal la construcción de colectivos sociales regidos por las formas más democráticas posibles, sin renunciar por ello al desarrollo de instancias organizativas que posibiliten la transmisión de la experiencia y la continuidad de las prácticas emancipatorias; una subjetividad que camina hacia un horizonte de una sociedad sin explotados ni explotadores, pero que asume que el tránsito hacia esa utopía se hace

desde ahora, construyendo con otros valores, forjando los embriones de las relaciones sociales venideras; una subjetividad que entiende que hay que combatir todas las formas de opresión –de clase, de género, de etnia- porque entiende que las relaciones de dominación operan en todos los planos de la vida social y no sólo en el de las relaciones de producción; una subjetividad que rechaza los discursos que, en nombre del progreso, la modernidad y el desarrollo de las fuerzas productivas, destruyen los bienes comunes de la naturaleza y ponen a la humanidad a las orillas del abismo; una subjetividad que cree que la construcción de contrahegemonía es, sobre todo, la construcción de poder popular y esto implica que las clases subalternas pasen a ser sujeto de cambio, que se constituyan como clase para “sí”, recuperando el poder-hacer como mecanismo de cambio y empoderamiento colectivo.

Esa subjetividad se amasó en las resistencias al neoliberalismo y se condensó en distintas organizaciones que, con sus matices, le dieron cauce a esas visiones. Aunque, insistimos, esa subjetividad tendió a desbordar los límites orgánicos.

Para que se percibiera que muchas de esas perspectivas eran compartidas por otros/as, para que esas prácticas tomaran mayor similitud y cercanía fueron claves quienes, desde el mismo seno de esos espacios, contribuyeron con sus reflexiones a construir ese campo común de acción y pensamiento. Esas reflexiones le permitieron a múltiples espacios de lucha y militantes populares sentirse parte de una identidad abarcadora, aún en la diferencia.

Pocas personas tuvieron –y tienen– tanto que ver con ese proceso como Miguel Mazzeo. Fue de los primeros en plantear el socialismo como una práctica intencional, consciente, de desarrollo de formas de sociabilidad que prefiguren la sociedad venidera y de leer en esas coordenadas el proceso de muchas organizaciones que emergieron a mediados de la década del 90 y que adquirieron perfiles más nítidos en torno a 2001. Retomó la idea de poder popular de otras experiencias revolucionarias históricas, pero actualizó sus horizontes, dándole un sentido propio donde la autonomía requiere también de las luchas por y contra el Estado, donde las construcciones populares sean

capaces de generar un poder propio y, a la vez, tensionar y modificar al Estado. Desde sus trabajos sistematizó y ayudó a articular concepciones comunes, atreviéndose a nombrar el conjunto como “nueva-nueva izquierda” para diferenciarla de aquella nueva izquierda que surgió priorizando la vía armada en las décadas del 60 y del 70.

Lo hizo participando y acompañando esos procesos colectivos. Como toda teoría revolucionaria verdadera, Mazzeo la erigió partiendo de la cultura, las luchas, los sueños y deseos de los oprimidos. Es decir, una teoría surgida de las acciones colectivas de su propio pueblo y no de las reflexiones o ensoñamientos del intelectual aislado y lúcido. Si ponemos en evidencia su aporte, no es por la empatía personal o por el mero deseo de festejar procesos y reflexiones que, en su inmensa mayoría, compartimos. Se trata de dar cuenta del sentido que encontramos en su último trabajo: *Entre la reinención de la política y el fetichismo del poder. Cavilaciones sobre la izquierda independiente argentina*.

A nuestro entender, el texto viene a dar cuenta de una inquietud, de una preocupación que comparte gran parte de la militancia del espacio que aquí denominamos izquierda independiente. Es la sensación de que esa subjetividad, con enormes potencialidades en función de los procesos de cambio social, se encuentra en un proceso de crisis, de dudas agudas, de incertidumbres; de que toda esa acumulación se enfrenta a una encrucijada con senderos que se bifurcan al estilo borgeano y que el camino que se tome de aquí en adelante determinará si la corta parábola histórica de esa subjetividad fue tan sólo un breve florecer de primavera o un árbol que echó sus raíces por largo tiempo.

De la misma manera que Miguel contribuyó a cohesionar ese espacio y esa subjetividad, que supo dar cuenta de sus procesos y búsquedas, ahora alerta sobre los peligros que la acechan –que por cierto no son sólo ni centralmente externos– y que pueden amputar la riqueza de su praxis. Una vez más, no lo hace desde la externalidad sino a partir del compromiso militante, desde la idea de que la crítica es también autocrítica realizada desde la pertenencia. No

viene a justificar complacencias ni idealizaciones sino a plantear el rescate, pero también la reinvención, de las concepciones que nutrieron a buena parte de las luchas y los movimientos populares surgidos a fines de la década del 90. Viene a dar cuenta de los síntomas que evidencian una crisis de identidad y a problematizar sus causas más profundas.

Podrá objetarse que esa sensación de crisis es fruto del proceso de ruptura del Frente Popular Darío Santillán (FPDS) –lugar militante que compartimos con Mazzeo– y que por ende es una mirada atravesada por una lógica internista, que no involucra al conjunto del espacio. No compartimos esa enunciación.

Permítasenos aquí una digresión. Entendemos que el lugar de organización emblemática de la izquierda independiente que ocupó el FPDS contribuyó a que sus procesos se proyectasen sobre el conjunto. La crisis del FPDS expresó y expresa discusiones que atraviesan e involucran a la totalidad del espacio y que configuran una situación de crisis de identidad más amplia. Vemos esa crisis en el desplazamiento, al menos hipotéticamente, de ciertas agrupaciones del campo de la izquierda independiente hacia una suerte de kirchnerismo tardío con la idea ingenua –o la idea oportunista, según el caso que corresponda– de establecer vínculos con la militancia kirchnerista desencantada con los últimos pasos del gobierno.

Observamos la crisis en la aparición de tendencias que ubican su principal esfuerzo en reforzar sus prácticas de antaño, sin comprender que el escenario de las relaciones sociales de fuerza es por definición cambiante y que, por lo tanto, el desarrollo de las concepciones propias debe ir acompañado de reelaboraciones permanentes para evitar el riesgo, al no repensar los contextos, de quedar subsumidos en un folklore estéril que a nadie inquieta y mucho menos al poder concentrado. La vemos en la aparición de discursos obsesionados por lo que definen como “voluntad de poder” y que, en sus enunciaciones, evidencian cada vez más que no se refieren a la construcción de poder popular, de poder desde abajo, de poder que se construye desde y con las clases populares, sino a la vieja disputa institucional-electoral que, en los hechos, pasa a ser considerada la práctica principal.

En esencia, advertimos la crisis en la existencia, en distintos grupos del espacio, de “la política en espejo” tan afín a la vieja izquierda y que consiste en pensar la política sobre todo como estrategia de disputa con organizaciones afines. Se ve la crisis en aquellos que niegan, minimizan o ubican en el puro pasado, la existencia de una subjetividad común. Está presente cuando se apuran discusiones acerca de la necesidad de abandonar denominaciones habituales del conjunto, como las que aquí utilizamos de izquierda independiente o “nueva-nueva izquierda”, para sustituirlas por otras denominaciones. No negamos que la tarea de identificar a la totalidad del espacio requiere de nombres que lo definan ya no desde la negatividad, de lo que no se quiere, sino en términos más propositivos, que den pistas sobre lo que se busca. Pero nos parece que una discusión sobre designaciones exige una profunda reflexión sobre los valores principales que constituyen el núcleo de la identidad del espacio. Y nos parece que esa discusión no se ha dado en plenitud y corre riesgos de ser escamoteada por fuegos de artificio que distraigan del asunto principal.

Intuimos que existen tendencias hacia la cristalización de posturas que se caracterizan por la negación de ciertas dimensiones de la disputa política que resultan esenciales para erigirse en alternativa, en proyecto contrahegemónico; que no perciben que no basta con el sector social que las propias prácticas interpelan y organizan; que no avizoran que la revolución requiere de políticas integrales que disputen en diferentes planos, todos subordinados a la estrategia de poder popular (incluido el electoral), y que necesita, incluso, de la existencia de un gobierno popular aunque el fin último no debe ser ese sino, como lo afirma Miguel, la autoorganización, autoeducación y la autoemancipación de las clases subalternas.

Por otro lado aparecen concepciones que mantienen sus construcciones de base y que hacen gala de discursos y reflexiones típicas del espacio pero que cada vez más aparecen utilizadas como mera retórica. Pareciera existir una estrategia en ciernes –conciente o no– de formar una organización de cuadros centralizada, con alto nivel de referencialidad mediática y visibilidad política,

para desde allí capitalizar descontentos sociales y luchas. La “voluntad de poder” expresa una lógica sustitucionista, un afán de representar las luchas populares como nueva clase política con voluntad de presentarse como dirección del pueblo. Sus aliados pasan a ser, en primer lugar, aquellos que conciben que las transformaciones sólo se pueden realizar desde el Estado. Todas las tareas orientadas a la transformación de las relaciones de fuerza en la sociedad civil pasan a estar subordinadas a estos objetivos. La participación en las elecciones se torna una cuestión esencial, de la manera que sea, aunque no se haga con aliados y discursos afines al espacio.

Puestos a esquematizar –lo que nunca representa la totalidad de los procesos– aparecen, por un lado espacios de construcción de base autoreferenciales con tendencias al corporativismo y por el otro, opciones que tienden a esencializar la participación en campos de acción fuertemente controlados por el enemigo. Ninguna de estas visiones se presenta en su forma pura. Ni siquiera nos atrevemos a afirmar que se han cristalizado hegemónicamente en determinadas organizaciones –aunque algunas las expresan más fuertemente– por eso hablamos de tendencias. Se trata de escenarios en disputa, de un campo de conflictos cuyo devenir depende de diversos factores.

Aquí retomamos directamente el texto de Miguel. Su aporte va en el sentido de procesar dialécticamente esas tensiones y resolverlas a favor de una praxis revolucionaria. Desde nuestra mirada encontramos cuatro aspectos fundamentales en el texto: a) detecta y pone en evidencia la crisis de la izquierda independiente, indagando en sus causas más profundas; b) plantea, de cara al conjunto, la pregunta acerca de qué concepción de la política es la que debe primar en la izquierda independiente; c) ubica algunos de los elementos centrales del poder popular a los que el espacio no puede renunciar si quiere seguir siendo, al menos, opción potencial de cambio; d) lee la realidad e intenta entrever las tendencias de largo plazo, los signos profundos de los tiempos, los procesos históricos en marcha y sugiere que la subjetividad de este espacio puede empalmar con esos procesos sólo si sus integrantes no se niegan a sí mismos.

Respecto a las razones profundas de esa crisis identitaria, la fortaleza de los proyectos neodesarrollistas combinada con el reflujo de las luchas territoriales –lugar de desarrollo por excelencia del espacio– aparece como un aspecto central. El ritmo más pausado de las construcciones de base se enfrentó a una dinámica de mayor fortaleza del Estado y toda una franja de activistas barriales, que acompañó el ascenso de los movimientos, se replegó hacia otros lugares. Allí emergió el signo más fuerte de una crisis identitaria: enfrentados a los límites y dificultades de la construcción propia, muchos militantes perdieron confianza en lo que hacían. De la certeza de que era necesario encarar cambios profundos en su estrategia, dedujeron que los errores incluían dejar de lado –en los hechos, no formalmente– una parte de los grandes aciertos de los movimientos en la etapa anterior. Una pérdida de confianza en los y las de abajo lleva a concebir el 90% de la actividad militante como decisiones y elaboraciones de los que vuelcan mayor tiempo al ejercicio de la política interna; conlleva a entender la política como acción de núcleos con saberes especializados; a no dar determinadas discusiones con el conjunto porque: “los compañeros no entienden”, “no tienen todas las variables en su cabeza”, “perdemos eficacia y capacidad de intervención si retrasamos las decisiones”; a olvidar, como nos lo recuerda Miguel, que la política tiene que ser abordada como crítica de la política; es decir, como una praxis de acción transformadora que trata de poner en tensión las funciones de liderar, conducir y dirigir.

Sostenemos esta posición, no porque partamos de los planteos horizontalistas abstractos que conducen a la impotencia las luchas populares. En toda construcción masiva resultan imprescindibles las representaciones, dado que determinadas tareas necesarias para las transformaciones sociales no surgen espontáneamente de las construcciones de base. Lo que hay que evitar es la cristalización y autonomización de estratos militantes que asumen tareas centralizadas. En ese peligro residen los verdaderos gérmenes de la cooptación y la integración, más allá de que esos procesos se den en organizaciones que reivindiquen el trabajo de base.

Contra el remedio en boga de la centralización en aras de una supuesta eficacia, Miguel propone el reaseguro de la politización de las bases, la

construcción de sociabilidades no capitalistas y la política ejercida y vivida como experiencia de transformación radical que le devuelva a la sociedad civil las funciones que el Estado y el sistema le han expropiado.

Allí reside una de las diferencias estratégicas con el ciclo kirchnerista y su militancia, incluidas las organizaciones ubicadas en ese campo político de manera más crítica. Un sentido nodal del proceso kirchnerista ha sido reducir la autonomía y la intervención crítica de las organizaciones populares, supeditándolas a la razón de Estado. Llama la atención— ya que desde determinadas agrupaciones de la izquierda independiente se señalan diferencias estratégicas con el kirchnerismo— que no aparezca en primer lugar el problema de la concepción del poder. En el caso de la militancia populista, y de amplias franjas de la izquierda tradicional, la acción política siempre aparece subordinada a la lógica estatal.

La posición que reconoce como punto de partida de la lucha política a la crítica de la política no supone rechazar al Estado, sino concebirlo como relación social sobre el que la práctica emancipatoria agudiza sus contradicciones. No implica rechazar la intervención electoral sino hacerla asumiendo una praxis disruptiva en ese escenario y no de reproducción de lo existente. La intervención electoral debe reforzar y acompañar el cambio de relaciones de fuerza en la sociedad civil. Debe potenciar esos procesos y estar supeditada a ellos para no autonomizarse como vehículo de nuevas élites políticas. Un signo que potencia los peligros de la intervención electoral es no hacerla preservando determinado grado de autonomía de las construcciones de base. Pretender encarar la necesaria disputa en ese plano, desde la misma identidad que intenta desarrollar una institucionalidad antagónica con la del capital. Esa superposición es un gigantesco salto al vacío por más explicaciones “de necesidad” y de “eficacia” que se realicen. Preservar las fuerzas principales en cualquier terreno dominado por el enemigo debería ser parte del ABC de toda política que se pretenda revolucionaria.

Respecto a las ideas-fuerza imprescindibles para la praxis del espacio, Miguel propone recuperar las ideas de apuesta, resistencia, experimentación y

autonomía como pilares del poder popular. Las entiende como núcleo identitario desde donde encarar los desafíos de estos tiempos. Esos desafíos parten de avizorar un futuro donde el sentido profundo de los procesos no marcha hacia la hegemonía de la representación, la delegación y la gobernabilidad desde el Estado. Por el contrario, ve una separación cada vez más profunda entre las necesidades cotidianas de las clases subalternas y la capacidad de las instituciones para satisfacerlas, como lo evidenciaron –y evidencian– las inundaciones, los masivos cortes de luz, el colapso del transporte y – en un sentido menos directo– los recientes saqueos. Aunque sin duda, el ciclo kirchnerista significó una recomposición de la institucionalidad y de la capacidad de canalizar determinadas demandas sociales por canales intrasistémicos, esa capacidad siempre tuvo sus límites y estos se agudizan en el nuevo escenario. Es por eso que es necesario evitar los polos en espejo de negación de la política o de entenderla autonomizada y como disputa de aparato. Sólo evadiendo esos clivajes, la izquierda independiente podrá asumir un lugar central en las luchas venideras.

El trabajo de Miguel Mazzeo orienta respecto de cual es el camino para superar la crisis de identidad del espacio, señala cuales son los nudos principales de su subjetividad que se necesitan recuperar y reelaborar. Sobre todo, construye un piso de certezas estratégicas que es un bagaje insustituible para las batallas políticas de los años venideros. Enfrentamientos sociales que demandarán toda la vitalidad y toda la potencia creadora de las corrientes emancipatorias.

Buenos Aires, enero de 2014.

Introducción

Este trabajo surgió como un intento de análisis, y también de respuesta, a los fervores electorales que algunos sectores de la denominada izquierda independiente pusieron de manifiesto con motivo del proceso electoral argentino del año 2013. Nos referimos a las elecciones Primarias Abiertas

Simultáneas y Obligatorias (PASO) del 11 de agosto y a las elecciones definitivas del 27 Octubre; elecciones legislativas, o de “medio término”, como se las suele denominar apelando a una jerga vacía y poco proclive a la metáfora. Por lo tanto este trabajo fue redactado íntegramente entre mayo y octubre de 2013.¹ Las modificaciones posteriores fueron sólo de detalle. Pero de detalles no menores. En este sentido, fue fructífero el intercambio con compañeros y compañeras que aportaron su dilatada experiencia militante y su saber político y con quienes compartimos las mismas inquietudes, o –¿por qué negarlo?– la misma perplejidad y el mismo desasosiego.

Primero corresponde hacer una aclaración impostergable: ¿de que hablamos cuando hablamos de izquierda independiente? Sabemos de la precariedad de todo sistema de organización pero, al mismo tiempo, consideramos lícita la aspiración por aportarle un poco de coherencia –no hablamos de “orden”– a un universo cuya cifra más visible es la fragmentación caótica. Se trata, sencillamente, de una interpretación de un proceso histórico en curso y de la consiguiente aspiración al sentido, a una totalidad no totalizante. A lo largo de este trabajo ensayaremos una caracterización de la izquierda independiente, más atentos a los que podrían considerarse sus “fundamentos”, sus “razones teóricas” y sus “razones prácticas”, y menos dispuestos a componer una tipología precisa de la misma. No aspiramos a determinar con rigurosa exactitud dónde empieza y dónde termina la izquierda independiente. Tampoco reivindicamos un férreo compromiso con el rótulo “izquierda independiente”. Probablemente ese no sea el nombre más adecuado para designar el espacio al que nos referimos. “Izquierda popular” podría ser una alternativa, pero también aporta su cuota de endeblez. Suena a tautología. Además lo “popular” aparece adjetivado. Entonces queda sembrada la duda: ¿se apela a ese nombre para hacer referencia a una concepción del sujeto político que articula elementos clasistas y culturales o se trata de una versión “populista” o directamente “pop” de la izquierda? ¿No oculta esa designación una reivindicación del rancio nacional-populismo como fórmula de poder?

¹ Versiones preliminares de este trabajo fueron publicadas en el portal *La Haine*, el 22 de marzo de 2013, véase: www.laHaine.org.; en la versión digital de la revista *Herramienta*, el 17 de mayo de 2013, véase: www.herramienta.com.ar. También en la revista digital *Democracia Socialista*, el 4 de junio de 2013, véase: www.democraciasocialista.org. En todos los casos con el título: “La izquierda independiente argentina frente al desafío electoral”.

Lo cierto es que el término izquierda independiente hace ya tiempo que viene resonando en espacios políticos de la izquierda argentina. Por eso lo tomamos, sin entrar en precisiones semánticas. Pero antes de seguir, se nos impone la necesidad de una definición mínima.

Digamos entonces, provisoriamente, que la izquierda independiente remite a un espacio diverso, poblado de expresiones sociales, políticas, culturales; un universo de historias, imaginarios y deseos. Al mismo tiempo se trata de un lugar dinámico, cambiante. Un espacio en construcción (y también en destrucción). Posiblemente, uno los filamentos más resistentes que hilvana a las diversas expresiones que la componen consista en la búsqueda de una identidad, un diseño político y una praxis (en líneas generales: estrategias, métodos, teorías, culturas, lenguajes, etc.) que actualicen el camino antiimperialista, anticapitalista y revolucionario, partiendo de la idea –clave– de que la política debe ser generada y regenerada permanentemente desde la “comunidad” y desde los sectores sociales –subalternos y oprimidos– que están a la cabeza de la lucha de clases.

La política entendida, en los términos de Cornelius Castoriadis, como “actividad lúcida y deliberante que tiene por objeto la institución explícita de la sociedad” y no como “poder explícito” (es decir, como “lo político”).²

La comunidad entendida como una idea y un conjunto de experiencias concretas en las que la política se ejerce como apuesta, resistencia, experimentación y autonomía “desde abajo” (como lucha de clases), con una manifiesta predisposición anti-autoritaria, anti-jerárquica y anti-elitista. La unidad como fundamento del poder popular.³

Dado que la noción de poder popular ha adquirido en los últimos años una flexibilidad extrema vale reformularse la pregunta respecto del sentido más

² Véase: Castoriadis, Cornelius, “poder, política y autonomía”. En: Ferrer, Christian (compilador), *El lenguaje libertario*, Buenos Aires, Anarres, 2007, pp. 164-165. Castoriadis sostiene que la autonomía sería el proyecto “que tiende, en un sentido amplio, a la puesta al día del poder instituyente y su explicación reflexiva [...] y en un sentido más estricto, la reabsorción de lo político, como poder explícito, en la política”, pp. 164-165.

³ En otro plano, que no desarrollaremos en este trabajo, la comunidad también puede remitir a un ámbito de resistencia del trabajo frente al capital, específicamente: del “trabajo concreto” frente al “trabajo abstracto”.

recóndito del poder popular. Apelando a una definición condensada y primaria podemos decir que el poder popular remite a las fuerzas del pueblo como fundamento de todo poder. Esas fuerzas por distintos factores como ser: falta de recursos materiales, simbólicos, organizativos, fragmentación, soledad, miedo a la muerte, etc., pueden (y suelen) ser reconducidas en favor del poder de sus enemigos. El poder popular es la fuerza del pueblo en manos del propio pueblo. Ni reconducida, ni mediada, ni refrenada. Es la posibilidad objetiva y la conciencia objetiva de esa fuerza. El objetivo principal del poder dominante (poder burgués, poder despótico) es evitar el desarrollo de esa fuerza colectiva que es el poder popular. Por eso la intensidad del poder popular está relación directa con la intensidad de la lucha de clases. El poder popular es la puesta en acto del poder colectivo, la puesta en acto de la fuerza colectiva de la hermandad de los explotados y los oprimidos. El poder popular es la recuperación, por parte de los y las de abajo, de las fuerzas de la cooperación expropiadas por el poder dominante (poder burgués, poder despótico).

Posiblemente, en esta diada comunidad-poder popular, subyace el “genotipo” de la izquierda independiente. Su marco general de referencia. El sentido más distinguible de su identidad. Su linaje.

Ese sesgo “comunitarista”, por su parte, se erige en el mejor reaseguro contra el fetichismo de la política (del poder), funciona como mecanismo idóneo para evitar que las representaciones políticas se autonomicen y autoafirmen como la última y la única instancia del poder. Aquellos y aquellas que no reconocen la relevancia estratégica de este sesgo comunitarista, al tiempo que persisten en la identificación con el espacio de la izquierda independiente, tal vez deban repensar dicha pertenencia. La misma recomendación se puede hacer extensiva a quienes reducen el concepto de poder popular a una abstracción sin sustancia, a un recurso retórico.

Vale tener presente que, de algún modo, la izquierda independiente nace de una irrupción de lo social en lo político, o por lo menos adquiere contornos más definidos a partir de esa irrupción. Hablamos de los nuevos actores plebeyos-populares y las nuevas prácticas colectivas que emergieron en 2001, pero que venían desarrollándose en los subsuelos de la Argentina neoliberal. La

izquierda independiente nace en la intersección de diversas praxis plebeyas-populares. A partir de allí, y no sin dificultades, siguió constituyéndose y rehaciéndose durante la última década. Diversas praxis hicieron sus aportes: el sindicalismo de base, las nuevas modalidades intervención en los barrios periféricos en varias provincias del país, las luchas de las organizaciones ambientalistas, de mujeres; los renovados experimentos políticos-pedagógicos, de economía popular, etcétera.

Para Martín Mosquera, la “nueva izquierda” o “izquierda independiente”, incluye: “a un conjunto de organizaciones surgidas en los últimos lustros y caracterizadas por ciertas coordenadas políticas y metodológicas comunes (formas organizativas antiburocráticas, prefiguración de nuevas relaciones sociales, crítica del izquierdismo sectario y maximalista, construcción de una nueva cultura militante, aspiración a una política de masas, etc.)”.⁴

En efecto, en la búsqueda que mencionábamos, a lo largo del itinerario y los rigores que esta impone, la izquierda independiente ejerce la crítica a los caminos reformistas (del populismo, de las variables socialdemócratas, entre otras). No se trata de una crítica “a la pasada”, sino de una crítica que tiene carácter constitutivo para la izquierda independiente. En esta búsqueda la izquierda independiente también encuentra sus diferencias con la praxis de la izquierda tradicional (la izquierda “jacobino-leninista” en todas sus versiones doctrinarias y en todos sus formatos políticos). Más allá de algunas referencias compartidas, se trata de subjetividades diferentes. Y, como se sabe, en toda subjetividad subyace una política.

Por su parte, Jorgelina Matusevicius sostiene que la izquierda independiente no coincide con la política de “sobrestimación de las condiciones objetivas y subjetivas vinculadas únicamente a la crisis del capitalismo”, y con la tendencia de la izquierda tradicional a menospreciar “el poder de construcción de consensos y hegemonía, por parte de la burguesía en las sociedades

⁴ Mosquera, Martín, “Hacia una alternativa política de nuevo tipo”, en: www.elcieloporosalto.com.ar. Chequeado el 12-9-2013. Consideramos que corresponde resaltar la prioridad absoluta asignada a la idea de prefiguración de nuevas relaciones sociales en el entremado de la sociedad civil popular por sobre la idea de la prefiguración de aparatos coercitivos.

capitalistas avanzadas”.⁵ Agregamos, por cuenta nuestra, que tampoco está de acuerdo con: su visión “técnica” y meramente instrumental del Estado, su sectarismo, su elitismo, su dogmatismo, su universalismo abstracto, sus taras productivistas, eurocéntricas, su condición desarraigada, su dirigismo, su centralismo, su individualismo metodológico, su desinterés por los sustratos afectivos, su animadversión hacia las narrativas míticas, etcétera.

Creemos que la incapacidad de abrirse a las vivencias populares, a la inteligencia colectiva y al aprendizaje experiencial, su ausencia de cortesía dialéctica, su rechazo al pluralismo teórico en el marco de espacios emancipatorios más amplios, le imponen a la izquierda tradicional un techo estricto. La limitan como vehículo para que lo plebeyo-popular realice el pasaje del en-sí al para-sí; para que la cultura de los y las de abajo, (estrategias, saberes, tradiciones, economía y ecología) se convierta en proyecto político.

Si bien la izquierda independiente se asume como “fundacional”, no deja de considerarse a sí misma heredera de la izquierda revolucionaria de los 60-70, cuya experiencia tiende a reivindicar en bloque; esto es, sin caer en rencillas retrospectivas. La izquierda independiente busca los modos más adecuados para estar a la altura de esa herencia, al tiempo que ejerce una crítica de la misma, sobre todo en aquellos aspectos que reproducen taras similares de la izquierda tradicional. También se considera heredera de las experiencias de los movimientos populares de Nuestra América, de las luchas obreras y campesinas, de las rebeldías plebeyas. Superando el eurocentrismo, el elitismo, el clasismo limitado y el dogmatismo de la vieja izquierda de los cuales se deriva, en buena medida, la pobreza de su imaginario histórico.

Hecha la aclaración, retomamos el hilo de nuestro relato.

Mientras tratábamos de fijar la posición que nos parecía más coherente con la corta pero rica historia del espacio de la izquierda independiente, no podíamos dejar de percibir las falencias de este espacio, sus elevados grados de indefinición ideológico-política, la falta de cristalización de un carácter concreto,

⁵ Matusевич, Jorgelina, “Nuevas apuestas, viejos problemas. Apuntes para una caracterización de la nueva izquierda argentina”. En: Revista *Contra-tiempos*, N° 0, Buenos Aires, Mayo de 2013.

los problemas de su contextura identitaria, las limitaciones para forjarse una personalidad estable y para clarificar su proyección histórica.

Veámos que algunas de las narrativas y las praxis con potencialidades emancipatorias eran colocadas compulsivamente, sin mediar debates, en el envase de los compromisos inadmisibles y los acompañamientos equívocos y sin destino.

Veámos que los argumentos a favor de ampliar el espacio de maniobra se conjugaba con las opciones por aquellos terrenos dónde este espacio se suele angostar considerablemente.

Veámos los signos aciagos de una caída prematura en el fetichismo del poder y las tendencias favorables a una noción absolutamente autoreferencial de la autoridad.

Veámos que las prioridades de una franja de la izquierda independiente se invertían: lo que en la última década se pensó con destino de subordinación e instrumento, irrumpió y, sin pedir permiso, se convirtió en lo prioritario; al tiempo que lo que poseía significado estratégico se convirtió en accesorio y se fue desfigurando hasta convertirse en objeto conceptual superfluo. Dicho de otro modo: comenzaron a consolidarse las tendencias que se caracterizan por reducir la acción política a lo meramente instrumental y a la esfera formal-jurídica de la legitimidad democrática en desmedro de las tendencias que ubican la legitimidad democrática en las iniciativas de las bases, en su “hacer efectivo”, y que asumen el carácter estratégico de la acción política. Esta situación sembró algunas dudas respecto de las finalidades históricas de la izquierda independiente y de sus capacidades para constituirse en una verdadera alternativa sistémica.

Veámos que algunas certezas, que habían contribuido a delinear este espacio y a darle una orientación general a su itinerario algunos años atrás, comenzaban a relativizarse. Si bien desde algunos sectores se apeló a la “dinámica de la historia” para justificar esa relativización, vale decir que, para

nosotros, esa relativización era (es) en sí misma un retroceso, una especie de renacimiento del asombro por los espejos de colores, un retorno a los “viejos dioses”; o por lo menos el signo de una crisis, sobre todo de una crisis de subjetividad. En aras de una actualización política, en pos de un supuesto desentumecimiento, se anuncia y se enuncia una política (dizque poseedora de una irresistible “vocación de poder”) que nos retrotrae a los experimentos fallidos de las décadas del 80 y el 90.

En julio de 1996, Guillermo Cieza, en una charla que tuvo lugar en el local de la organización HIJOS (La Plata), proponía un balance crítico de la estrategia asumida por la izquierda revolucionaria en Nuestra América en las décadas del 80 y del 90. Una estrategia que tuvo como principal usina de elaboración política a los encuentros del Foro de San Pablo (desde el año 1990). Ante la crisis de las experiencias que habían funcionado como referentes emancipatorios a escala mundial en las décadas del 60 y del 70, sobre todo los ensayos socialistas en el mundo periférico y las derivas de los movimientos de liberación nacional; ante las dificultades de la vía armada para erigirse en alternativa con arraigo y masividad, buena parte de la izquierda de Nuestra América se precipitaba en el posibilismo más rastrero y proponía centrarse en lucha político-institucional, en el mero apuntalamiento de los incipientes procesos de democratización y en el reclamo mediatizado de reformas en pos de mayor justicia social y mayor margen de maniobra para las naciones periféricas en el marco del proceso de la globalización neoliberal.

Guillermo veía en este proceso un “retroceso de la izquierda en la formulación de utopías”, posiblemente uno de los síntomas menos auspiciosos para la izquierda. En efecto, espacios otrora emblemáticos de la izquierda de Nuestra América comenzaban a renunciar a la idea de las construcciones de masas como *locus* insustituible de toda política emancipatoria, a abandonar la idea de una transición al socialismo que contemplara espacios múltiples (incluyendo el espacio nacional) y a reducir la lucha política a la lucha electoral.⁶ ¿Queda

⁶ Véase: Cieza, Guillermo, “Los nuevos desafíos” (Charla en el local de HIJOS, La Plata, julio de 1996, en: Cieza, Guillermo, *Borradores sobre la lucha social y la autonomía*, Buenos Aires, Manuel Suárez Editor, 2004., p. 21 y 22. Más adelante Cieza afirmaba: “En los últimos años hemos visto claudicar a grupos y compañeros de una formación ideológica muy sólida, de conducta probada y antecedentes intachables. Hemos aprendido a desconfiar de cualquier

claro entonces porque hablamos de retroceso? La historia se repite, pero esta vez se empeña en refutar a la fórmula marxista: las dos veces se trata de una farsa.

¿Qué elementos hicieron posible la relativización de las certezas que alguna vez fueron parte esencial del capital político que la izquierda independiente supo atesorar y que hoy algunos sectores de la misma, prácticamente, asumen como un lastre? La lista sería muy extensa. Señalamos algunos muy generales.

Por ejemplo, el estancamiento de las construcciones territoriales, las dificultades de la construcción sindical, en fin: el ritmo lento, por momentos letárgico, de la política basada en las construcciones de base y del proyecto de acumulación de fuerzas y de construcción de sujeto asumido por la izquierda independiente; a lo que debemos sumarle las complejidades de la opción estratégica por la sociedad civil popular en un contexto signado por el despliegue inédito de recursos hegemónicos de parte de algunas fracciones de las clases dominantes y del Estado que revivieron las ilusiones reformistas. Sin dudas, los cambios radicales no son circunstancias del orden de los acontecimientos normales y rutinarios de los pueblos. Ernest Mandel decía que “cuando la lucha de clases se agudiza la casta de los intermediarios no tiene perspectivas”.⁷ Por lo tanto, creemos que es lícito plantear, invirtiendo la sentencia de Mandel, que cuando la lucha de clases se atenúa o se invisibiliza, afloran las mejores perspectivas para esa casta. Aquí queremos traer a colación el saber político de John William Cooke, quien supo estar siempre alerta frente a la posibilidad de que los sectores que oficiaban de retaguardia durante un contexto de alza de las luchas populares pudiesen pasar a constituirse, en el reflujó, en la vanguardia de la negociación. Asimismo, vale

propuesta de cambio, de cualquier pretensión revolucionaria no sujeta al control de masas trabajadoras organizadas políticamente en forma independiente y construyendo gérmenes de nueva sociedad” (p. 23). Al final de este trabajo el autor proponía una estrategia alternativa cuyos lineamientos más gruesos, en buena medida, terminaron siendo asumidos por los sectores que conformarían la izquierda independiente.

⁷ Mandel, Ernest, *La burocracia*, Buenos Aires, Ediciones la Espiral, 1971, p. XVIII.

recordar una de sus sentencias lapidarias: “cuando no hay política, la politiquería aparece en su reemplazo”.⁸

También la eficacia (por su carácter democrático) de algunas políticas implementadas por el gobierno dizque nacional-popular que reflató, después del tiempo del auge neo-liberal, las formas de participación ciudadana típicas del Estado desarrollista. A esto correspondería sumarle, por una parte, algunos valores positivos a los que apeló el gobierno; y por el otro, las respuestas de unas clases medias conservadoras e impiadosas que consideran injusto todo ejercicio estatal de la legalidad positiva y que atacaron al gobierno desde presupuestos autoritarios y reaccionarios. Estas respuestas sembraron una sospecha respecto de la efectividad de las lógicas de construcción “de base” (expuestas a algún nivel de cooptación e integración) al tiempo que alentaron los emprendimientos políticos de carácter superestructural, e hicieron posible un entusiasmo que tendía a negar los constreñimientos estructurales y las prácticas degradadas.

De alguna manera, para salir de un estado letárgico en un campo real y significativo, se apeló a un movimiento en la superficie, a una inscripción marginal en el campo simbólico del poder; en última instancia, otra forma del estado letárgico pero con el agravante de no contar con ninguna posibilidad de redención en el largo plazo. Vale aclarar que no nos cerramos a las posibilidades del campo simbólico del poder como medio (que quede bien claro: sólo como medio) para modificar las relaciones sociales de fuerza. Pero esto exige intervenciones originales, con aptitudes para desestructurar ese mismo campo.

En otros casos se ingresó en un proceso de adaptación al juego de la política burguesa que consiste básicamente en “representar” (en un plano meramente ficcional) los intereses de aquellos a los que se domina. Hablamos del juego de la política vaciada de poder, la política constreñida a las prácticas institucionales y a la gestión vertical de prototipos administrativos.

⁸ Cooke, John William: “Carta de John William Cooke a Juan Domingo Perón del 15 de junio de 1962”. En: Cooke, John William, *Obras completas*, Tomo II, (Correspondencia Cooke-Perón), Buenos Aires, Colihue, p. 520 y p. 543 [Eduardo L. Duhalde compilador].

A medida que avanzábamos en la escritura de este trabajo, notábamos que había un enorme vacío político, una desoladora intemperie para la izquierda radical. La izquierda independiente, en relación al problema de la naturaleza del kirchnerismo y de su experimento de actualización⁹ del capitalismo transnacional en la periferia, asumió diferentes posturas: a) no se planteó jamás el problema, b) se lo planteó en un plano abstracto, o c) llegó a conclusiones equivocadas apuntaladas por recursos teóricos liberales y reformistas u operaciones dogmáticas. De esta manera, la traducción al plano de las tareas políticas concretas no tenía muchas posibilidades de ser productiva y diferente a lo convencional.

La izquierda independiente no encontró (y, ciertamente, sigue buscando) una estrategia adecuada para alimentar una praxis resistente, para ratificar su condición de movimiento con contenidos históricos típicamente plebeyos-populares, para gestar un proyecto popular masivo en el contexto del auge de la forma menos rígida del capitalismo pos-neoliberal, en el tiempo de la “normalización” de la dominación burguesa.

La izquierda independiente no encontró (y, ciertamente, sigue buscando) las formas más adecuadas para el despliegue de una praxis democrático-crítica, es decir, una praxis que asuma los avances democráticos, pero que al mismo tiempo proponga líneas para excederlos.

Percibíamos, además, problemas más de fondo, por ejemplo: que a la hora de pensar la política, la izquierda radical, (vieja o nueva, independiente o partidaria, heterodoxa y dogmática) deambula entre la disociación y la hibridez que anulan sus costados transformadores. Que le cuesta horrores superar la frontera de la representación política como estrategia de encubrimiento y fuente (presente o futura) de diferenciación social. Que no logra elaborar una crítica – y una autocrítica– que le permita identificar y despojarse definitivamente de las categorías burguesas (algunas abiertamente de derecha) que organizan su propia subjetividad política para superar, de esta manera, su auto-enajenación.

⁹ Hablar de “refundación” del capitalismo argentino resultaría excesivo.

Que no deja de identificarse parcialmente con los formalismos liberales y las instituciones de la “democracia burguesa” (con algunas más que con otras, claro está). Que no logra superar las concepciones puramente estatalistas de la política, concepciones que incluso emergen en el marco la izquierda independiente, que venía siendo un espacio crítico de las visiones instrumentales y neutrales del Estado,¹⁰ o las concepciones que reducen la política a una práctica de “interacción comunicativa”. Que insiste –monocorde– en enfrentar al poder dominante con los medios que el mismo poder dominante le proporciona. La izquierda también reclama su “derecho” a una cuota bianual de plusvalía política. Un reclamo que se intensifica en forma inversamente proporcional a su presencia y sus capacidades reveladoras.

¿Qué entiende –qué debería entender– la izquierda por poder? ¿Qué entiende –qué debería entender– la izquierda por política? ¿Su concepción de la política posee alguna singularidad disruptiva o es simplemente una versión más – aunque con especificidades propias, con otra epidermis– de la política “sistémica” y convencional?

Claro está, nosotros estamos muy lejos de aportar certezas rotundas para resolver estos interrogantes. No reflexionamos desde un lugar exterior, sino desde el seno mismo de este tremendo. Fuimos parte de una organización popular, nos sentimos partícipes de un amplio movimiento social, político y cultural, nuestra crítica no es –no puede ser– externa a su objeto. Sólo sentimos la necesidad de compartir, de poner en común, nuestro punto de vista. También aspiramos a producir un discurso extremista sobre nosotros mismos. No queremos reproducir uno de los pilares de la ética burguesa. Lo que decimos que le pasa a la izquierda radical, “nos pasa”. Asumimos todas las derrotas de los que sueñan y trabajan para cambiar el mundo. Pero, precisamente por eso, cuestionamos la actitud de la vieja izquierda; siempre

¹⁰ La izquierda independiente se caracterizó por reconocer que el Estado y sus aparatos son bien susceptibles a los efectos de las luchas sociales. Esto derivó en una opción “societal” estratégica y llevó a priorizar una praxis singular. En los últimos tiempos, algunos espacios en el marco de la izquierda independiente, tienden a asumir concepciones que van en un sentido inverso y que retrotraen a las visiones estatalistas. Es bien distinguible la presencia de una generación militante joven, no kirchnerista o anti-kirchnerista, que tuvo como espejo a La Cábora y no puede evitar reproducirla, intentando una versión “por izquierda”.

satisfecha con su horizonte mezquino, su razón apretada y su lenguaje inmaterial e insensible; siempre autocomplaciente; siempre autorreferencial; pocas veces autocrítica (a fondo) y descarnada consigo misma. El sectarismo, como forma de no asumir las responsabilidades por el conjunto, permite conservar tanto la pureza como la insignificancia histórica. No sirve de mucho criticar las derivas reformistas o populistas de algún sector de la izquierda independiente, reafirmando certezas anteriores, profundizando el dogmatismo (y desde otro reformismo). Por otra parte, creemos que no debemos pasar por alto las señales, demasiado evidentes a esta altura, que muestran a sectores de la izquierda independiente, reproduciendo algunos de los vicios de la izquierda tradicional. Por ejemplo, la ausencia de autocrítica o las autocríticas tramposas que apelan descaradamente a la autoindulgencia, las agobiantes narrativas autocelebratorias, etcétera.

Como contribución a un debate que recién da sus primeros pasos, proponemos algunas tesis casi desesperadas, muy urgentes, muy generales y poco masticadas, a guisa de preámbulo para un debate más extenso y profundo. Recurrimos a un discurso normativo (del orden del “deber ser”) y al género de las tesis (que presentamos un tanto simplificadas). También exageramos un poco, extremamos deliberadamente las posturas, con el sólo fin de alentar la discusión y el intercambio.

Como se puede apreciar, simplemente aspiramos a una intervención que aliente los debates respecto de ejes fundamentales, dejando de lado la hojarasca política y las rencillas menores. Gracias a Sigmund Freud hace tiempo que sabemos que, de alguna manera, siempre retorna lo que se reprime, lo que permanece en estado de irresolución. Esperamos que este pequeño ensayo pueda aportar a que los debates (impostergables) en el marco de los movimientos sociales y las organizaciones populares de Argentina y Nuestra América se generalicen y ganen en profundidad.

Lucha política, crítica de la política

Sectores de la denominada izquierda independiente de Argentina, surgida al calor de las luchas populares de los años de la mudanza del siglo y el milenio, porciones del espacio político-identitario que es hijo dilecto de la rebelión popular de 2001, han asumido recientemente la necesidad de incursionar en el terreno electoral. Enhorabuena. La lucha por cambiar el mundo, la lucha por la construcción de una nueva formación económico-social capaz de desconcentrar la riqueza, la lucha por modificar las relaciones sociales de fuerza entre la clase que vive de su trabajado y las otras capas y clases sociales, en fin, la lucha hegemónica (o contra-hegemónica) es integral y tiene como escenario el dilatado conjunto de los procesos económicos, sociales y políticos.

Las visiones más acotadas –dogmáticas– de la superestructura son injustificables, al igual que aquellas que niegan la necesidad de un espacio público, de un campo específico y delimitado de la política o lo político. La negación de este tipo de ámbito ha sido moneda corriente en algunas versiones (las menos productivas, desde nuestro punto de vista) del pensamiento autonomista contemporáneo.

Creemos que no se puede renunciar a priori a ningún espacio de confrontación, de activación y de proyección política, de validación de proyectos de cambio social, mucho menos invocando ataduras o repulsas dogmáticas, y apelando a principismos huecos e infundados (como, por ejemplo, la postura que ve en la acción política una desviación del camino de la emancipación, un camino en el que sólo considera a la lucha económica y social), o asumiendo la clave del “todo o nada”, que, por lo general, alienta el sectarismo y/o la pasividad. Por otro lado, la iniciativa puede motorizar los debates sobre estrategia política. Debates que en el marco de las organizaciones y movimientos de la izquierda independiente venía retrasado.

La iniciativa también instala un objetivo más amplio y mucho más ambicioso: aportar a la teoría crítica de la democracia, contribuir al desarrollo de una teoría que nos permita exceder los horizontes de un “liberalismo radical” y del

“deliberacionismo”, y confrontar, en múltiples planos, con el paradigma de la democracia capitalista como hegemonía (burguesa). Reconocemos la necesidad de una crítica de la democracia “realmente existente” como la forma de reconducir, mediatizar y controlar a la fuerza popular haciéndola coincidir con los fines del poder dominante (poder burgués, poder despótico, poder fetichizado, autoridad autoreferente); como régimen sostenido en la impotencia de los cuerpos individuales y en la negación del cuerpo común pulsional, o si, se prefiere, en la negación de la *potentia*.

Por último, y retomando lo que señalábamos al comienzo, no podemos dejar de reconocer que la iniciativa pone en evidencia algo que suponíamos, pero que, hasta el momento de las elecciones de 2013 no se nos había presentado de manera tan prístina: las bases ideológicas de la izquierda independiente son aún débiles en materia de filosofía política.¹¹ Sin dudas, su experiencia “práctica” (sus praxis diversas) sigue siendo más rica, pero esta no es automáticamente trasladable a la política. Nos referimos a la capacidad de articular una alternativa política original que esté a la altura de los desafíos de este tiempo enrevesado, una alternativa a la vieja izquierda, al reformismo y al populismo.

Karl Marx admitía la importancia de la lucha política al tiempo que presentaba a la “crítica de la política” como punto de partida. De este modo, la lucha política adquiere un sentido liberador y emancipador sólo cuando se expresa como crítica de la política, cuando es capaz de desarrollar una crítica a las formas mistificadas y cuando hace posible el despliegue de la plena conciencia respecto del sentido más recóndito de las “luchas reales”. La crítica de la política es, sin dudas, un momento de la autoconciencia revolucionaria de las clases subalternas y oprimidas.

Cabe desistir de toda idea de causalidad “económica”, cabe abjurar de todo reduccionismo, a la hora de considerar la crítica marxista de la política. En

¹¹ Vale decir que la izquierda independiente tal vez haya avanzado mucho más en materia de “economía política”. Por ejemplo: en la reivindicación del carácter inseparable de la producción, la distribución y el consumo; en la defensa de formas de economía popular; y en las críticas al productivismo, al desarrollismo y al socialismo de Estado típico de la vieja izquierda y, en parte también, del reformismo y el populismo.

términos de Maurice Merleau-Ponty: “cuando la historia ‘materialista’ [se refiere al materialismo histórico] caracteriza a la democracia como a un régimen ‘formal’ y describe los conflictos de los que está trabajando ese régimen, el sujeto real de la historia, que ella quiere reencontrar bajo la abstracción jurídica del ciudadano, no es solamente el sujeto económico, el hombre en cuanto factor de la producción, sino, de forma más general, el sujeto viviente, el hombre en cuanto productividad, en cuanto quiere dar forma a su vida, en cuanto ama, odia, crea o no obras de arte, tiene o no hijos...”.¹² Lo “formal”, entonces, remite al contenido manifiesto de la historia, mientras que lo “real” remite a su contenido “latente”. El materialismo histórico considera ambos contenidos.

La crítica de la política es la crítica a la política como *potestas* autoreferencial, como poder dominante con domicilio fijo (institucionalizado), como poder fetichizado. Consideramos que la escisión entre *potentia* y *potestas* aporta a una crítica de la política. Siguiendo a Enrique Dussel –inspirado en Baruch Spinoza y Antonio Negri–, vemos como la *potentia* remite a la capacidad del pueblo “en tanto última instancia de soberanía, de la autoridad, de la gobernabilidad, de lo político”; “al poder de la comunidad política como sede, origen y fundamento”. Se trata de un poder “en sí” (pura potencialidad). Por su parte la *potestas* remite a la “diferenciación heterogénea de funciones que permiten que el poder se haga real, empírico, factible”. Se trata de un poder que idealmente puede asumir la forma de poder en-sí/para-sí de la comunidad, del pueblo, pero que está expuesto al fetichismo del poder y suele devenir “poder fuera de sí”.¹³

La crítica de la política es la crítica a la política como “simulacro”. La política como simulacro parte de la elipsis de la lucha de clases.¹⁴ Toda “pequeña política” se caracteriza por negar o secundarizar la lucha de clases (y los

¹² Merleau-Ponty, Maurice, *Fenomenología de la percepción*, Barcelona, Planeta-Agostini, 1984, p. 188. Más adelante el autor sostiene que el materialismo histórico hace descansar la historia en la “manera de existir y coexistir, en las relaciones interhumanas” (p. 188).

¹³ Véase: Dussel, Enrique, *20 tesis de política*, Caracas, Fundación Editorial el perro y la rana, 2010, pp. 29, 32 y 33.

¹⁴ Asimismo parte de negación de la confrontación entre la lógica de la Economía del Trabajo y la lógica de la Economía del Capital.

imaginarios de clase), las contradicciones estructurales y la facticidad del poder, por separar los “objetivos de los enfrentamientos” de “los fines (no reconocidos) del pueblo”¹⁵, por acallar las contradicciones sociales, por ubicarlas en un plano extra-político, porque el campo de la pequeña política es un campo que, por naturaleza, excluye esas contradicciones. Jugar el juego de la política, el juego de la pequeña política, de la política intra-sistémica, implica enfatizar la estabilidad, aceptar algún nivel de integración y un grado de colaboración. La pequeña política sustituye discursivamente lo real por lo normativo, vacía la política de poder, aunque reivindique una mentalidad y una vocación de poder. Para una fuerza política popular, afincarse en la pequeña política es auto-limitarse. Una autolimitación que incluye el campo de la acción moral.

La crítica de la política es una crítica al mundo de las apariencias y al mismo tiempo es una denuncia de lo que se oculta detrás de ellas, un develamiento del verdadero domicilio del poder. Por lo tanto remite a una lucha entre “poderes reales”. Esta lucha instala, a su vez, la necesidad de construir poder popular como un poder real (el poder popular es un “realismo democrático” que articula posibilidad objetiva y conciencia subjetiva) y como un movimiento hacia el poder colectivo, como retaguardia imprescindible, como un territorio propio, apto para conservar lo que es del pueblo y reconquistar lo que se le quitó al pueblo, apto para confrontar con el poder real dominante, apto para hacer posible lo imposible. Un poder popular que, sincrónicamente, es realidad concreta y proyecto.

La crítica de la política es una crítica a la idea de que las propias estructuras de la sociedad capitalista (las leyes del mercado, la “única realidad”, la “realidad verdadera”) conducen, si no son radicalmente intervenidas, a la realización de los valores de una ética humana universal. Ciertamente, se trata de una idea que sólo asume la derecha pero cuyo fondo comparten vastos sectores, dado que constituye la medula de la política intra-sistémica. La política revolucionaria es siempre una distorsión.

¹⁵ Rozitchner, León, *Perón: entre la sangre y el tiempo. Lo inconsciente y la política*, Buenos Aires, Ediciones de la Biblioteca Nacional, 2012, p. 150.

La crítica de la política es una crítica a la política entendida como puro esquema de poder, como tecnología institucional, como pura *potestas*. Un esquema donde los medios (administrar, dirigir, conducir, liderar) se convierten en fines, porque los fines ya están prefijados y son inamovibles. Un esquema basado en la hipocresía, ya que sólo subsiste disfrazando el sometimiento con los ropajes de la afectividad o del favor. Un esquema basado en el desprecio al pueblo trabajador, que termina instrumentalizado y ninguneado.

La crítica de la política es consustancial a las praxis orientadas a la autodeterminación de los fines y la autogestión de los medios, al autogobierno y al poder popular. Principalmente porque limitan las tendencias estadolátricas y atemperan todo lo que ellas implican. Entre otras cosas, la especialización (la política como profesión encumbrada en reemplazo de la militancia popular) que es la principal causa de la fetichización y reificación que hacen de la política una actividad sacralizada y minoritaria.

La crítica de la política es parte del proceso en el cual la clase deviene “para sí”. Ser “para sí” consiste, nada y nada menos, que en dejar de ser objeto. Nótese la dimensión marcadamente política del concepto de clase “para sí”. La crítica de la política desbroza el camino de la “gran política” para la clase “para sí” que emerge como radical contradictora del sistema en el plano social y en el plano político.

El reconocimiento por parte de Marx de la importancia de la lucha política hizo que Mijail Bakunin (entre otros anarquistas) lo calificara de oportunista, moderado y portavoz de la pequeña burguesía (o de la “aristocracia obrera”) de los países más desarrollados de Europa. La postura antipolítica de Bakunin se expresó en sectarismo doctrinario e ideológico y también en un sectarismo corporativo que planteaba el alejamiento de la lucha política como una forma de preservarse de sus contaminaciones. Pero el sectarismo nunca es garante de nada bueno. Existen infinidad de experiencias históricas en las que la indiferencia o el repudio a la política condujeron al inmoralismo absoluto

respecto de los medios de lucha o a la apelación al Estado y al gobierno burgués.

Creemos fehacientemente que un proyecto de transformación radical de la sociedad, un proyecto anticapitalista, debe asumir el momento del poder estatal en todas sus dimensiones.¹⁶ No está de más recordar que la noción de hegemonía (o de contra-hegemonía), presente en casi todas las formulaciones de la izquierda independiente, posee implicancias estatales. Podríamos decir: posee “consecuencias estatales”, por lo menos intermedias. La hegemonía no es sólo dirección ideológica, cultural, moral, también es ejercicio del poder político e involucra a un conjunto de nexos entre lo social y lo político, entre la sociedad y el Estado.

Los riesgos de las incursiones en territorios ajenos

Esta izquierda independiente, que supo desarrollar infinidad de prácticas territoriales, sociales, culturales, pedagógicas, comunicacionales, etc., estima (algunos de los grupos y organizaciones que la componen) que ya es tiempo de realizar una experiencia electoral. Considera que la participación electoral puede contribuir a proyectar sus praxis, sus ideas, sus proyectos. Abriga la certeza de que esta participación podrá ampliar el campo de sus interlocutores.

Aunque resulte una trivialidad, no se puede dejar de recordar que se trata de incursionar en un espacio ajeno, hostil y vacío de contenidos emancipatorios, en un escenario preparado para la lucha intrasistémica, para la sustitución del pueblo, para la separación entre dirigentes y dirigidos, para la autopromoción individual y egocéntrica, en fin: para la reproducción de las estructuras de dominación.

¹⁶ Para esto será necesario disponer de “tropas de maniobra” y de tropas de “reserva” a disposición de un “centro” para aplicar a zonas débiles, frágiles o coyunturalmente más importantes. Lo importante es el horizonte asumido por ese centro, su capacidad para articular y expresar la diversidad popular, sus grados de democracia interna, su carácter no permanente y no profesionalizado, etc.

Se trata de un espacio hegemonizado por el poder burgués, un espacio dominado por sus convencionalismos, sus paradigmas y sus mundos pseudo-concretos. Un terreno que, por lo tanto, le impone limitaciones a la participación popular (sobre todo a la participación más convencida y conciente) y que no auspicia el protagonismo popular. En fin, se trata de convencionalismos, paradigmas y mundos encarnados en las instituciones de un tipo de sociedad y un sistema que resultan ajenos para las clases subalternas y oprimidas (ajena a sus intereses) y para los sectores que asumen horizontes de transformación social radical. Se trata de resolver la paradoja de habitar en una sociedad y en un sistema que incluyen a las clases subalternas y oprimidas pero que no les pertenecen a las mismas. Para eso hay que encontrar modos de habitarlos que sean al mismo tiempo modos de excederlos y transformarlos. Difícil tarea si las hay, dado que convoca a una dialéctica entre la correspondencia y la no correspondencia; difícil porque además plantea una no-correspondencia que no sea una externalidad, una no-correspondencia que no atente contra los “requisitos de interioridad”¹⁷ de la izquierda. Sin pretender agotar una cuestión tan compleja, digamos que esa sociedad y ese sistema no son monolíticos, y que es factible (y necesario) desarrollar, potenciar y llevar hasta sus últimas consecuencias todo lo que en esa sociedad y en ese sistema vive y late “como antagonismo”: grieta, fisura, “momento de verdad”, “núcleo de buen sentido”, etcétera. En fin, se trata de desarrollar una interioridad (de la izquierda) afincada en la lucha de clases.

Para no ahondar en una descripción obvia, digamos que se trata de un espacio donde, respecto del sujeto del poder, priman las tendencias elitistas por sobre las colectivistas; y, respecto del objeto del poder, predominan las tendencias a la concentración (por parte del Estado o de las corporaciones más poderosas) de un conjunto extenso de funciones enajenadas a la sociedad civil popular.¹⁸ Esto es, predominan las tendencias que aspiran a la rendición del cuerpo subalterno y oprimido, las tendencias que trabajan para impedir que surja la

¹⁷Zavaleta Mercado, René, *El poder dual en América Latina*, México, Siglo XXI, 1974, pp. 257.

¹⁸ En relación a esta cuestión, una fuerza política popular y contra-hegemónica, nunca debería pasar por alto las implicancias prácticas del planteo clásico de Marx: “...la clase obrera no puede limitarse simplemente a tomar posesión de la máquina del Estado tal como está y servirse de ella para sus propios fines”. Marx, Carlos, *La guerra civil en Francia*, Barcelona, Ediciones de Cultura Popular, 1968, p. 88.

fuerza colectiva de los cuerpos y el poder político originario de la comunidad. Sumémosle unos principios estrechos, una lógica utilitaria y una moral errónea, vana y superficial. Sin dudas, se trata de un espacio que alienta las componendas con el poder instituido y las abdicaciones.

Entonces, el desafío es aportar, desde ese campo vertical e impropio, al despliegue de las praxis antisistémicas y a la consolidación de los órganos idóneos para la realización de las aspiraciones colectivas, lo que exige poner en tensión ese mismo campo, eludir sus trampas, conmocionarlo, desbordarlo, desestructurarlo como lugar de concentración de poder, transformarlo cualitativamente, quebrar su unilateralidad, darle otros sentidos. Sentidos que redefinan sus posibilidades y sus códigos. Sentidos que no presenten al Estado como la única fuente de racionalidad y de construcción de la sociedad. Sentidos desconcentradores y descorporativizantes. Sentidos que van en contra de toda profesionalización de la política y el poder.

La tarea es compleja y excesiva, pero es absolutamente necesaria. En el contexto de una guerra de posiciones, se torna necesario intervenir en “el arriba”, para avanzar en la consolidación de los movimientos sociales anticapitalistas y en la construcción del socialismo desde abajo. Se trata de desarrollar formas de poder constituido no invasivas de los espacios y los tiempos autónomos, formas que estimulen las prácticas constituyentes. Se trata de crear un círculo virtuoso –seguramente no exento de conflictos y tensiones– entre estos dos planos. No es imposible que la *potestas*, eludiendo la alienación, se coloque al servicio de la *potentia*. No es imposible hallar formas institucionales (originales, necesariamente experimentales) no destructivas de las situaciones instituyentes. No es imposible y –agregamos– es absolutamente necesario para que la *potentia* se torne empírica, concreta y para que devenga poder popular en su máxima expresión.

En última instancia se trata de hacer posible un maridaje fructífero entre el utopismo y el realismo revolucionarios, entre la tesis –marxista, libertaria– de la extinción del Estado y el reconocimiento de la complejidad y autonomía (relativa) de la esfera política.

Pero claro... por donde se lo mire el experimento es riesgoso.

La voluntad popular, expuesta a un proceso de interiorización de las categorías, fundamentos y valores del dominador (incluyendo los valores específicos de la institucionalidad capitalista: individualismo, reduccionismo, competitividad, inmediatez, etc.) puede terminar desactivada. Es decir, puede dejar de resistir. Puede terminar sometida a los requisitos que el mundo burgués exige para habitarlo.

Existe el peligro de confundir “la política” con algunas de sus expresiones más estrechas y limitantes, verbigracia: las instituciones burguesas clásicas, la representación y la delegación, en fin: la democracia liberal como forma políticamente dominante y como dogma hegemónico. Por cierto, creemos que se trata de las expresiones menos adecuadas para plantearse una tarea de redefinición del quehacer político en términos emancipatorios. La política denominada “real”, suele ser precisamente la menos real, la más enajenada. La democracia representativa es un oxímoron. Pero puede decirse que esta figura (nos referimos al oxímoron) se desdibuja un tanto cuando algunos de los términos, sea democracia, sea representación, son concebidos en un sentido de “baja intensidad”, lo que, de alguna manera, hace que los términos se “independicen”.

Sabemos bien que en las sociedades modernas es imposible eludir ciertas categorías de representación y delegación. Hasta las organizaciones anarquistas más grandes han debido reconocerlo. Sin dudas, siempre que sea factible, creemos que hay que auspiciar las formas de democracia directa permanentes, formas de democracia de base (democracia cara a cara) y crear instituciones de participación. Desde un punto de vista crítico-práctico la representación es inevitable en colectivos extensos, incluso, aunque se las niegue, pueden existir formas de representación “de hecho”. La cuestión pasa por evitar que las representaciones se autonomicen y que terminen concentrando poder decisorio y asumiendo las decisiones estratégicas. El mejor antídoto: la politización de las bases en un marco de luchas sociales (en

el conflicto) y en el contexto de la construcción permanente de formas de coexistencia social de proyección post-capitalistas; sin negar, claro está, los aportes de la pedagogía popular, la formación política, etc. Es decir, una politización que, en buena medida, resulta de procesos relacionados con la socialización de la riqueza y el poder cuyo punto de partida se sitúa en el presente y no en un futuro hipotético de carácter estatal-gubernamental.

Por último, existe el peligro de caer en el formalismo burgués que limita la dialéctica social a los conflictos de opiniones de la esfera pública y a los asuntos baladíes, en el convencionalismo que impone máscaras, personalidades apócrifas, situaciones ambiguas y soluciones sencillas pero inadecuadas. En este caso, poco y nada se aportará a los debates sobre estrategia política de la izquierda radical. Claro que también hay que tener presente los riesgos que presentan las praxis que buscan reabsorber la esfera política en la actividad social (praxis que no resultan para nada ajenas al marxismo¹⁹ y a otras corrientes libertarias), riesgos que pueden sintetizarse en dos tendencias negativas, altamente corrosivas para un proyecto emancipador y para el despliegue del poder popular: el economicismo (incluyendo a la micropolítica, una de sus versiones posibles) y la antipolítica. Hablaremos un poco sobre ellas más adelante.

Reivindicamos el rol del “político-crítico” para el militante popular, para el intelectual orgánico. Sin dudas, se trata de una función clave para la construcción hegemónica. Reconocemos su necesidad de cara a un proceso histórico de cambio social radical. Pero no nos cansaremos de insistir en las dificultades que dicho rol acarrea y las tensiones a las que está expuesto el político-crítico. Respecto de esta figura, Enrique Dussel plantea que “siendo que el político crítico se enfrenta a toda la institucionalidad instalada del antiguo régimen, al bloque histórico desde el ejercicio fetichizado del poder, la lucha del

¹⁹ En no pocas ocasiones, los pasajes más célebres del “Prólogo a la contribución a la crítica de la economía política” de Karl Marx sirvieron para fundamentar posturas mecanicistas y antipolíticas. Entre otros el que señala que: “La totalidad de las relaciones de producción constituye la estructura económica de la sociedad, la base real sobre la cual se alza un edificio [*Urbau*] jurídico y político, y la cual corresponden determinadas formas de conciencia social. El modo de producción de la vida material determina [*bedingen*] el proceso de la vida social, política y espiritual en general”. Véase: Marx, Karl, *Introducción general a la crítica de la economía política/1857*, México, Cuadernos de Pasado y Presente, 1984. pp. 66 y 67.

pueblo por su liberación (parcial o radical) debe tener mucho mayor inteligencia o razón estratégica que la de los dominadores. Un error de cálculo puede romperle al gato una uña; al ratón la va la vida en el mismo error”.²⁰ Creemos que a esta “inteligencia” o “razón estratégica” es necesario sumarle claridad ideológica y coherencia ética.

Perfiles de la izquierda independiente

El experimento político-electoral puede desdibujar los perfiles libertarios de la izquierda independiente, afectar el desarrollo de su identidad crítico-revolucionaria, promover el sustitucionismo y una agenda ajena a los intereses de las clases subalternas y oprimidas. Puede hacer que la izquierda independiente desande los pasos que supo dar en pos lo real, en pos de la densidad histórica; iniciando, de este modo, un retroceso hacia el mundo de las apariencias, hacia lo convencional. El experimento político-electoral puede hacer que la izquierda independiente quede por debajo de su actual punto de partida, de su “umbral de verdad”, de su promesa, de sus elementos identitarios más distintivos y potentes, por ejemplo:

- Su concepción de la política como gestación y parto y no como gestión vertical de lo dado. Podría decirse: una idea “seminal” de la política. Una idea en donde la mística, la comunicación, la confianza pesan más que los formalismos (las normas, los procedimientos, los sistemas de control y los rituales huecos); exceptuando aquellos formalismos que constituyen lo que puede denominarse la “dimensión procedimental” de la utopía de la izquierda por venir. Esto remite a una opción estratégica a favor de los ámbitos de las praxis compartidas por sujetos plebeyos-populares, en territorialidades propias y en las luchas sociales masivas, como las principales usinas generadoras de sentido político y valores propios. Una opción que, paralelamente, desestima los convencionalismos y los microclimas de aparato como instancias productoras de sentido y valores (emancipatorios).

²⁰ Dussel, Enrique, *20 tesis de política*, op. cit., p. 120.

- Su concepción de la política como **apuesta** que se inscribe en términos de deseo y confianza en los y las de abajo, y que, por consiguiente, reemplaza la idea de “progreso” (típica de la izquierda dogmática), del etapismo y el evolucionismo, por el optimismo revolucionario. Vale tener presente que la política como apuesta se opone a la idea de la política como la concreción de una verdad preestablecida, inmutable y universalmente válida. Apostar en política sería no atenerse rígidamente a la doctrina; pero sin dejar de contarla en nuestro bagaje como una orientación general ético-práctica, jamás como un recetario.

- Una “ontología política” que pugna por hacer visible el enraizamiento de las luchas políticas en los conflictos sociales. Una concepción del poder político “realista”. Y decimos “realista” apelando a múltiples sentidos: porque el poder político no se escinde de la gestación popular de su fuerza (y su materialidad), porque se asume la tarea de construir una fuerza social y política que esté a la altura del objetivo (rechazo de la apariencia), porque nunca desaparecen las praxis que tienen como eje a la **resistencia** (frente al poder, frente a la pérdida sociabilidad y “comunidad”). León Rozitchner decía que: “cuando desaparece la idea de resistencia es la política –pero entendida como astucia, cautela, circunspecta, desleal, opuesta por principio a la violencia– la que ocupa ese lugar, y se presenta como pura política sin voluntad: sin contraviolencia. La política aparente de la ‘democracia’ formal”.²¹ Esa praxis resistente es precisamente la que evita que las clases subalternas y oprimidas actúen contra sí mismas, la que contrarresta la astucia del poder que, de alguna manera, el pueblo ha internalizado.

- La idea de **experimentación**, una idea absolutamente consustancial a la de apuesta, que le ha servido y le sirve, al decir de Pierre Rosanvallon, para “superar de forma concreta la alternativa reforma o revolución” y “para pensar la transformación social como un proceso en el que se articulan las

²¹ Rozitchner, León, *Perón: entre la sangre y el tiempo. Lo inconsciente y la política*, op. cit., p. 156. Para Rozitchner la política como apariencia se caracteriza por la puesta en escena y por una serie de reemplazos: “Política, será, pues, el campo donde el enemigo sea vencido por demostraciones y maniobras: la fuerza suplantada por la figura, el hecho por la intención, el golpe y la batalla por la amenaza, nada más. Política será el dominio de la simulación del enfrentamiento de fuerzas” (p.201).

contradicciones propias del sistema y los acontecimientos productores de cambio”. La experimentación, según Rosanvallón, “permite una dialéctica fructífera entre la acción colectiva consciente y el desarrollo de las contradicciones de la sociedad. Resuelve el dilema de la integración reformista para hoy o la ruptura revolucionaria para mañana”.²² Partiendo de la estrategia de la experimentación, la izquierda independiente castigó los índices de realidad y las significaciones que imponen las clases dominantes, deshilachó un poco las formas burguesas y dio los primeros pasos, no sólo para superar las limitaciones de la izquierda dogmática, sino también para exceder los confines de la micro-política y del socialismo en un sólo barrio. Pero la experimentación, también, remite a la política como vivencia, una vivencia que deja su marca en las ideas, en la cultura y en los cuerpos de un colectivo. De esta manera, la política se aproxima a una imaginación experimentada visceralmente y puesta en práctica en el día a día. Por eso, esa vivencia puede ser recreada una y otra vez, con más o menos infidelidad. La política alejada de vivencia está emparentada con las interacciones débiles, con las pseudo-sociabilidades militantes que se generan, tanto en los aparatos políticos convencionales como en el espacio virtual o el “ciber-espacio”. Estas interacciones y estas pseudo-sociabilidades reducen la política a los sistemas de promoción de elites o individuos y/o confunden la militancia con acciones virtuales tales como clicar un “me gusta” en facebook, o como retweetear algún mensaje.

- La idea de la **autonomía**, la reivindicación de los vínculos comunitarios y los tejidos de relaciones inmanentes y de toda praxis tendiente a conservarlos o construirlos. Se trata de una reivindicación que implica una opción a favor de la reconstrucción de la sociabilidad comunitaria como uno de los fundamentos del proyecto emancipador. Hablamos de la autonomía en sus múltiples sentidos²³: como “forma de hacer política” heterárquica, horizontal, basada en el cuestionamiento radical de toda forma de poder y dominación y en el protagonismo popular, como el poder de la *clase para sí*, y, también, como el

²² Rosanvallón, Pierre, *La autogestión*, Madrid, Fundamentos, 1979, p. 102.

²³ Véase: AA.VV, *Pensar las autonomías. Alternativas de emancipación al capital y el Estado*, México, Sísifo/Bajo Tierra/Jóvenes en Resistencia Alternativa, 2011, especialmente el trabajo de Máximo Modenosi: “El concepto de autonomía en el marxismo contemporáneo” (pp. 23-51).

despliegue de una “ciudadanía autónoma” llamada a desbordar constantemente los contornos de la democracia formal, opuesta a la “ciudadanía heterónoma” siempre funcional al clientelismo, al corporativismo y a la pasividad y a la alienación de las clases subalternas y oprimidas. Esta ciudadanía autónoma, propone un avance permanente sobre las instituciones jerárquicas y burocráticas, en el nivel estatal, pero sobre todo en el nivel social.²⁴ Podemos hablar de una especie de “subsunción” de los espacios jerárquicos y burocráticos a las lógicas de la democrática sustancial, tanto en la sociedad como en el Estado (sin descartar a la democracia formal, cuyo ejercicio efectivo, en ciertos ámbitos, puede constituir un avance no desdeñable). Luego, la autonomía como ruptura con los valores de las clases dominantes (autonomía ideológica). También la autonomía como “diversidad, potencia y posibilidad”, como praxis que asume las luchas y reivindicaciones de un sujeto plebeyo-popular extenso y variado y sus prácticas descolonizadoras, y que reconoce la capacidad autogestiva de los y las de abajo, del trabajo frente al capital, (autogestión). La autonomía como “prefiguración”, es decir, como opción estratégica por las construcciones colectivas, las luchas, las relaciones sociales y el pensamiento que anticipan (conquistan) en el presente la sociedad futura; como las formas de habitar el mundo que son, al mismo tiempo, formas de impugnarlo; como la acción de instituir realidades del futuro. Finalmente, la autonomía como “horizonte emancipatorio”, como un fin (y un medio al mismo tiempo). Estos múltiples sentidos de la autonomía remiten a un eje que diferencia a la izquierda independiente, tanto de la derecha y del reformismo como también la de izquierda tradicional. Nos referimos a las orientaciones tendientes a cambiar el modo de producción de hombres y mujeres que promueve el capitalismo y que resultan inseparables del cambio del sistema de producción de mercancías. De este modo la izquierda independiente promueve en cada organización popular la idea de que su praxis cotidiana, a veces modesta e imperceptible, debe asumirse, no sólo como un anticipo, sino como encarnación misma de la racionalidad revolucionaria.

²⁴ Norberto Bobbio planteaba el siguiente interrogante: “¿Es posible la sobrevivencia de un Estado democrático en una sociedad no democrática?”. Creemos que la misma pregunta puede hacerse respecto del socialismo. Las respuestas posibles, contemplan estrategias diferentes. La autonomía implica el avance de la democracia sustantiva en el Estado y en la sociedad. Véase: Bobbio, Norberto, *Estado, gobierno y sociedad. Por una teoría general de la política*, FCE, Buenos Aires, 1998. p. 220.

- **Apuesta, resistencia, experimentación, y autonomía**, constituyen cuatro ideas-fuerza de la izquierda independiente. Son categorías teóricas y prácticas que suministran el peculiar ordenamiento del campo político de la izquierda independiente, un ordenamiento nacido de la experiencia política popular. Se trata de ideas-fuerza en las que se fundan y se arremolinan sus esbozos sobre el cambio social, el poder popular (como dinámica que cuestiona la legitimidad del poder constituido), la transición a un sistema poscapitalista y la construcción de una nación popular democrática.²⁵ La izquierda independiente, la nueva-nueva izquierda, se descubrió a sí misma –mezclada con la tierra de los barrios, principalmente en las periferias urbanas– al aceptar estas ideas-fuerza. Ellas funcionaron como fulgores y claves orientadoras en la tarea de reconstruir la autoestima individual y colectiva. Ellas son la materia de la que se componen sus diversos estratos de significaciones. Ellas inyectaron altas dosis de mística y fervor militante. Ellas le impusieron una prospectiva singular que la diferenció y la diferencia de la izquierda dogmática y del progresismo reformista. La aceptación de estas ideas-fuerza no estuvo exenta de renunciamentos. En efecto, el activismo con más experiencia e historia militante (larga o corta), debió dejar de lado algunos prejuicios, abandonar algunas ideas particulares.

- Sus históricas inclinaciones a favor de la politización de los modos de vida y de las diferencias culturales y sociales, a favor de la construcción de ámbitos de “eticidad inmediata”, sin las mediaciones típicas de la modernidad, el liberalismo, etc., sin las mediaciones de estructuras históricamente frustradas (como, por ejemplo, el partido político en su formato “clásico”). Corresponde señalar que, en torno a la cuestión del instrumento político, existen diferentes

²⁵ Estas ideas-fuerza remiten a una concepción de la nación que prioriza las articulaciones con la “comunidad” por sobre las articulaciones con el Estado. Una concepción que, por lo tanto, no deja dudas respecto de las clases capaces de luchar por la nacionalidad. Téngase en cuenta que Marx proponía organizar “la unidad de la nación” sobre la base del “régimen comunal” y la destrucción del poder del Estado. De alguna manera, el régimen comunal permite el reconocimiento de las personas en terreno de los hechos, en la realidad concreta, y no en terreno de los “principios generales y eternos” o en el “campo espiritual”. Asimismo, Marx consideraba que un auténtico gobierno “nacional” debía ser la representación de “todos los elementos sanos”, es decir: del pueblo pobre, del pueblo trabajador en lucha por su emancipación. De este modo lo nacional (plebeyo, popular) se constituía en punto de partida del internacionalismo más genuino. Véase: Marx, Carlos, *La guerra civil en Francia*, op. cit., pp. 96 y 107.

posturas en la izquierda independiente. En su universo de imprecisos confines caben desde las ideas más clásicas, de cuño jacobino-leninista, hasta las ideas antipartido, igualmente clásicas (y cuasi ácratas), pasando por la concepción del partido como un Estado en potencia (un aparato de coerción), antagonista al Estado burgués. No hay homogeneidad en sus vectores de sentido referidos a este asunto. A pesar de esa diversidad y de las tensiones que concita, consideramos que los aportes más originales en la materia provinieron de aquellos sectores de la izquierda independiente que, sin profesar una deliberada filosofía antipartido, reconocieron la importancia básica de la construcción de instrumentos políticos de/para las clases subalternas y oprimidas, pero cuestionando a aquellos instrumentos políticos concebidos como una conciencia revolucionaria abstracta y superpuesta a la praxis de estas clases. Sin dudas, la concepción del partido es un elemento central (por todo lo que condensa) que diferencia a la izquierda independiente de la izquierda tradicional. En líneas generales, la izquierda independiente ha planteado la incompatibilidad de fondo entre una conciencia socialista arraigada en el pueblo y la idea de un partido que la porte y la codifique. No puede servir al socialismo una instancia que se autoerija en portadora de mandatos impugnables. El partido, un mero instrumento, no debe confundirse con la clase para-sí. Los sectores de la izquierda independiente que han reconocido la necesidad de los instrumentos políticos de las clases subalternas y oprimidas o de “partidos de nuevo tipo”, es decir, de partidos que superen la existencia insuficiente y sectaria de los partidos de izquierda tradicionales, han insistido en la posibilidad de que esa conciencia acontezca en otros ámbitos y de que pueda ser portada por otras instancias. Por supuesto, también han considerado contraproducente todo intento de codificación de esa conciencia.

- Sus tendencias a disputar el mando del Estado a partir de la creación de espacios autogobernados y de acciones constituyentes protagonizadas por las clases subalternas y oprimidas. Estas tendencias, muchas veces espontáneas, fueron y son la expresión de un sentir genuinamente popular decodificado por aquellas franjas del activismo de base que están más predispuestas a una apertura a la comunidad, más propensas a desarrollar una “compasión política” de raigambre guevarista: sentir el padecimiento del otro como propio, sentir

como el otro. Creemos que estas tendencias responden al orden del “movimiento real” y a un universo compartido, por lo tanto no fueron, no son, una imposición de activistas hiperideologizados o de elites con ansias administrativas carentes de experiencias vividas, huérfanas de praxis. No deben confundirse con síntesis intelectuales y extrínsecas.²⁶ No se trata de sistemas de símbolos generales y abstractos. Se trata, nada más y nada menos, de certezas gestadas por experiencias “desde abajo”, de la inteligencia colectiva producida en el contexto de un proceso histórico de asociación y lucha popular, de códigos plebeyos basados en el reconocimiento de las capacidades resistentes y autogestionarias del pueblo. Las “razones prácticas” de la izquierda independiente se fraguaron, y seguramente se seguirán fraguando, en las luchas populares y en sus experiencias de auto-organización que, sin lugar a dudas, constituyen su capa primordial. Tenemos aquí una clara demostración de que la movilización popular de horizontes socialistas se puede producir a partir de consignas amplias y accesibles. Una refutación de las concepciones que confían únicamente en la eficacia de la movilización “democrática” de corte nacional-populista.

- Su concepción de la política como un “realismo democrático”, es decir, su praxis orientada a la creación permanente de instancias concretas de poder popular y de condiciones para el desarrollo del poder popular (y de “redes de poder popular”). Un realismo que no abjura del campo de las finalidades. Más allá de las incursiones tácticas en territorios ajenos, las organizaciones de base (territoriales, estudiantiles, sindicales, etc.), las comunas, los consejos, etc., son el punto de partida y el punto de llegada.

- Su rechazo a las visiones verticales e iluministas de la política y a toda forma de “socialismo desde arriba”. Su refutación del prejuicio que establece que el pueblo sólo podrá ser favorecido por la “virtud” de alguna elite o vanguardia experta en dirigir y gobernar. Sus prevenciones frente a la política ejercida por

²⁶ Creemos que no se puede afirmar lo mismo de algunas tendencias “politicistas” que se han puesto de manifiesto en el espacio de la izquierda independiente. Estas tendencias suelen recurrir a la retórica emancipatoria con fines ornamentales, o simplemente para marcar distancia respecto de la izquierda tradicional. Del mismo modo, convierten en accesorias a ciertas figuras ideológicas características de la izquierda independiente.

grupos diferenciados y profesionalizados, la fuente misma de todo proceso de burocratización.

- El perfil más característico de sus militantes que puede sintetizarse en la función de vivificadores de estructuras de base a través de metodologías democráticas, socialistas, libertarias; un auténtico sello de distinción de la izquierda independiente. Un perfil gestado al calor de las praxis y las definiciones que acabamos de identificar. Un perfil antagónico al del político burgués convencional, basado en otra estrategia, en otros ejes rectores y en otros instrumentos.

No se trata de recuperar la pureza emancipatoria perdida, sino de buscar certezas emancipatorias nuevas (y seguramente transitorias). No sirve aquí reconvocar, al modo de la izquierda dogmática, ninguna “fuerza intrínseca”. La experiencia vívida de la libertad de una generación no se puede transferir directamente a la subsiguiente. No caben los esencialismos y las vocaciones totalizantes. No queremos linajes políticos libres de pecado. Tampoco queremos atascarnos en el barro de la propia huella. Una política emancipatoria no se aviene a los suelos definitivos que abonan pasiones tristes.

Se trata de agitar la dialéctica con nuevos términos para que no se muera de frío en un rincón oscuro. Se trata de no abjurar de los anchurosos cauces abiertos y de los horizontes nuevos vislumbrados alguna vez, no hace tanto. Se trata de asumir plenamente la aventura de la conciencia: sus dificultades, sus momentos angustiantes y sus fracturas como el costo necesario de las relaciones verdaderas, y los proyectos “elegidos”. Pero para eso la izquierda independiente (la nueva-nueva izquierda, la izquierda por venir, la izquierda popular o como prefiera llamársela) deberá persistir en sus costados más auténticos para no mellar su filo revolucionario, para no iniciar un devenir que la desnaturalice y la desfigure hasta hacerla irreconocible, deberá persistir en los costados exactos que la distinguen del nacional-populismo y del posmarxismo que saben asumir retóricas que invocan los horizontes antiimperialistas y socialistas al tiempo que mantienen una relación ambigua respecto del

imperialismo (sobre todo respecto de los formatos neo-coloniales de la dominación) y el sistema capitalista.

El experimento político-electoral, (más concretamente: su derivación en fetichismo del poder, o peor todavía: en fetichismo electoralista) puede hacer que la izquierda independiente quede reducida a una alternativa más en el abanico de las nuevas gobernabilidades. Eventualidad que, seguramente, terminará consolidando reformismos y progresismos prosistémicos, que no modificarán sustancialmente las relaciones de fuerza en la sociedad y que consolidarán el capitalismo; o terminará favoreciendo un retorno al dogmatismo de la vieja izquierda. Una izquierda, está última, tan rígidamente estructurada, tan “organizativa”, tan ejecutiva, que no crea ni piensa nada nuevo, porque vive –sin atisbo de incertidumbre y angustia– en la convicción de que ya está todo descubierto, pensado y tipificado en materia emancipatoria. Ni siquiera asume la complejidad de los vínculos entre teoría (por lo general degradada en “doctrina”), programa y estrategia.

Esta convicción, esta ausencia de discernimiento rayana en la perversión, también la inhiben para una sincera apertura a las clases subalternas y oprimidas. ¿Podrá alguna vez la izquierda tradicional abrirse, alterar su sentido arcaico y producir un “clinamen”? Esto es: frente a una encrucijada histórica, optar por un camino original y creativo.

Ya existen diversas izquierdas institucionales, electoralistas, deliberativas, más o menos testimoniales, todas ellas domesticadas de una u otra manera, insertas en una comunidad política alienada. Izquierdas –incluyendo las que habitan el ancho y variable mundo del “progresismo”– para las cuales lo electoral es la única forma de lucha que se concibe y se conoce y, precisamente por eso, se convierte en el eje de su actividad a partir de una fuga de las tareas prácticas y teóricas que este tiempo les exige. Esta “fuga de la praxis”²⁷, este distanciamiento de la función crítico-revolucionaria, se explica por su incapacidad política, social, cultural y afectiva para encarar esas tareas, por la seducción que ejercen los formatos espectaculares y mediáticos y/o

²⁷ Hablar de “apraxia”, en este caso, sería caer en una interpretación biologicista.

“racionales”, decisionistas y tecnocráticos, por las limitaciones teóricas que le impiden superar los estadios más básicos de la conciencia burguesa, por la comodidad militante que ofrecen tanto el dogmatismo como los terrenos apologeticos de lo “existente”, lo “usual” y lo “políticamente correcto”. Lo electoral, cuando es el corolario de la fuga de la praxis, se parece demasiado al intento de convertir la impotencia en virtud.

¿Cómo ganar (algo) jugando un juego ajeno?

Pero el experimento político-electoral, bien llevado, sin falsas expectativas, sin dejarse sorprender, sin buscar la orientación de las prácticas que la burguesía ratifica, sin caer en transacciones éticas, sin abandonar la predisposición resistente y el terreno defensivo, pero con la conciencia histórica y con la energía revolucionaria que pugna por actuar en todos los frentes, también puede contribuir a la masificación de la izquierda independiente, a consolidar su constitución como nueva-nueva izquierda, como espacio crítico y transformador, fundamentalmente puede contribuir a alejarla de la tentación del *ghetto* y a consolidarla como alternativa real de poder, puede ayudar a aumentar su visibilidad.

Salvando el caso de las participaciones en las elecciones sindicales y en las elecciones para una junta vecinal en una Villa de la Ciudad de Buenos Aires²⁸ las agrupaciones universitarias, sometidas a una gimnasia electoral año tras año y sin ahorro de formalismos y de folklore, son las que poseen más experiencia en el campo electoral. Pero es evidente que un municipio, una provincia, o el mismísimo plano nacional, distan de ser un centro de estudiantes o una federación universitaria. No hace falta recordar que el poder decisorio que circula por estos espacios es escaso, marginal y terriblemente acotado. Tampoco hay que olvidar que se trata de un ámbito educativo formal y, en muchas ocasiones, divorciado de la realidad de las clases subalternas y oprimidas.

²⁸ Se trata de las elecciones para la Junta Vecinal realizadas en la Villa 21-24 del barrio de Barracas, a fines de octubre de 2012 donde diversas organizaciones de la izquierda independiente integraron una lista común.

En líneas generales, la política universitaria, reproduce en buena medida las lógicas más características de la democracia representativa/delegativa, con sus estructuras jerárquicas, antidemocráticas y alienantes.²⁹ Posiblemente no sea la política universitaria la mejor escuela para realizar aprendizajes sustantivos en función de lo radicalmente nuevo, de lo disruptivo en materia institucional y de una política orgánica. Esta constatación va más allá de los aportes que la izquierda independiente realizó, realiza y puede llegar a realizar a distintos espacios de la sociedad civil popular desde los espacios institucionales (estudiantiles, universitarios) que condujo y conduce.

Por supuesto, este señalamiento, no tiene absolutamente nada que ver con las abstracciones teóricas y el reduccionismo clasista característicos del marxismo gélido. Un marxismo que aún no logra superar las peores taras de los enfoques estructuralistas. No estamos planteando nada parecido al sino insuperable de una “determinación” o una “tendencia” pequeño-burguesa. No se trata de hallar justificaciones para fundamentar el sustrato clasista de una clave universal para la comprensión de los fenómenos sociales. El origen de clase no determina lo acertado de una posición política, de la misma manera que un programa “avanzado” no es garantía de una praxis avanzada de la clase; por lo tanto ni uno ni otro deberían ser hiperbolizados. Tampoco nos referimos a una ideología de clase o a perfiles sociológicos. Simplemente hacemos referencia a las características de un ámbito específico y acotado, a las limitaciones de una experiencia particular y al tipo de subjetividades que suele producir. Repudiamos el pensamiento categorial en todos sus formatos.

Creemos que las experiencias electorales de las organizaciones sindicales y territoriales de la izquierda independiente (que, en líneas generales, fueron muy positivas y alentadoras) poseen una densidad político-estratégica mucho más

²⁹ Cabe agregar que en las universidades públicas predomina una educación orientada al éxito económico individual y al mando y no una formación orientada a la “disposición de sí mismo”. En las universidades privadas estas orientaciones son directamente celebradas, al igual que su condición excluyente. Esta afirmación dista de todo determinismo clasista. Asimismo, cabe valorar a la universidad pública como un espacio de disputa, y reconocer sus posibilidades de generar conocimientos y prácticas que aporten tanto a menoscabar el prestigio de la cultura burguesa como a impulsar los procesos emancipatorios y las experiencias que promueven el buen vivir del pueblo.

significativa de cara a la construcción de una fuerza social y política emancipadora. Esas experiencias inspiran los procesos de unidad desde las bases, los procesos de autoorganización, auto-educación y autogobierno (independencia de clase) y generan los espacios más idóneos para pensar la política revolucionaria y sus instrumentos. También son los más apropiados para examinar las alianzas políticas. Lamentablemente, las perspectivas estratégicas que esas experiencias están fundando, no son lo suficientemente justipreciadas en algunos sectores de la izquierda independiente; es más, creemos que vienen siendo contradichas por algunas iniciativas políticas superestructurales que, desde una perspectiva revolucionaria, se encuentran en los niveles inferiores del desarrollo ideológico y político.

Entonces, queremos plantear los riesgos de que esas identidades parciales terminen impregnando todo el espacio de la izquierda independiente, secundarizando a las subjetividades provenientes de otras experiencias. Sobre todo aquellas experiencias más significativas, es decir, con capacidad de crear un cuerpo político auténtico y desarrollar luchas frontales contra el sistema de dominación y formas asociativas cooperativas y solidarias, alternativas al capitalismo. De este modo, se atenta contra la diversidad subalterna y oprimida que constituye uno de los aspectos más singulares de este espacio. El “fervor de clase” sin el protagonismo de las diversas capas que integran a las clases subalternas y oprimidas, se diluye. Si la izquierda independiente secundariza sus lugares más legítimos de enunciación política (lugares de construcción y de lucha social), el proceso de desnaturalización será irreversible.

Consideramos que es posible para una fuerza popular conquistar fragmentos del campo político convencional, el campo que la burguesía instituyó como objetivo y susceptible de ser modificado. Asimismo, no descartamos la posibilidad de que esos fragmentos sirvan a su vez como tarima para lanzar combates por la conquista de nuevos campos para el poder colectivo. Combates que se librarán indefectiblemente en campos que la burguesía nunca pone en juego.

¿Como plantear una disputa electoral sin ser fagocitados por las lógicas del sistema, sin aceptar sumisamente sus cauces, sin identificarse con las estructuras del poder, conservando los perfiles plebeyos y utópicos, rechazando el mundo axiológico de la política burguesa, conservando la cualidad que ha diferenciado a la militancia de la izquierda independiente?

¿Cómo plantear una disputa electoral que siga pensando y practicando la política como “gran política”, es decir: como política orgánica constitutiva de un cuerpo político legítimo, como política emancipatoria, como praxis crítica-social revolucionaria; y no como “pequeña política” o “miseria de la política”, es decir: como gestión vertical del ciclo, como regulación de la contingencia, como administración relativamente progresista de lo establecido o como una cuestión de “piedad”?

¿Cómo delinear formas de representación que no sean la prolongación del encubrimiento de las relaciones de producción capitalistas? ¿Cómo hacer pasar por la deliberación política la mismísima forma productiva regida por la racionalidad capitalista? Por ejemplo: ¿cómo hacer que pasen por la deliberación política asuntos tales como el modelo de acumulación neo-desarrollista y extractivista, Monsanto, la propiedad privada de los medios de producción, etc.?

¿Cómo garantizar formatos de representación institucional cuya función sea aportar recursos para la auto-organización, la auto-educación y el auto-gobierno de los y las de abajo, insertando la conciencia en la vida cotidiana y (viceversa) y no sustituyendo a las organizaciones populares?

¿Cómo garantizar lenguajes y estéticas que se diferencien de los lenguajes tibios y monocordes, de las estéticas populistas, reformistas, liberales, tecnocráticas y eficientistas, en fin: de todas las retóricas frívolas y las figuras del poder dominante?

¿Cómo ser festivos, místicos, iconoclastas y creativos en este campo?

¿Cómo soslayar la espectacularidad, la banalización, la burocratización, el pragmatismo desprovisto de ética y las seguridades permitidas por lo obvio?

¿Cómo eludir el aislamiento de los hechos particulares, la estrategia que los desarticula de los contextos más generales de carácter histórico o estructural?

¿Cómo combatir –desde un ámbito por naturaleza encubridor– todas las mistificaciones que muestran a la política como una actividad de elites, de expertos, etc., mistificaciones que no tienen otro fin que el de hacer invisible o aceptable el mando burgués?

¿Cómo nutrir la pasión militante y el fervor político, sin caer en alienaciones de secta blindada o en el culto subrepticio a los fetiches del liberalismo?

Sobre todo: ¿Cómo no malograr en una campaña electoral o desde una función pública-legislativa unas experiencias caracterizadas por su capacidad de invención social, política y cultural y por señalar nuevos trayectos anticapitalistas?

Posiblemente las preguntas más abarcativas deberían ser las siguientes: ¿cómo resignificar la idea de representación? ¿Cómo redefinir la democracia (lejos, muy lejos, de toda idea de poliarquía³⁰) y cómo reapropiarnos de una “gran política” desde abajo? ¿Qué papel puede jugar la democracia formal y delegativa en el marco de esta tarea?

Repensar la transición

La concepción de la transición hacia un sistema poscapitalista, usualmente definido como socialista, que en forma espontánea, desaparece e intermite,

³⁰ “Poliarquía” es un término alternativo al de democracia, propuesto por Robert Dahl para nombrar a los regímenes políticos representativos y pluralistas. El término considera que la democracia es un juego competitivo protagonizado por elites políticas. Véase: Dahl, Robert A., *La poliarquía, participación y oposición*, México, Editorial Rei, 1996.

ha venido elaborando la izquierda independiente, parte de considerar la posibilidad de que el proceso revolucionario surja de las entrañas mismas de la sociedad capitalista.

Según Karl Marx y Friedrich Engels, la transición al socialismo es el proceso que va entre la conquista del poder y la pérdida del carácter político de ese poder. En general, el marxismo ha tendido a pensar la transición centrándose en el pasaje de un sistema social a otro, a partir del estallido de la contradicción entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción. La necesidad histórica del pasaje de un sistema a otro se concibe como “objetiva”. Pero... ¿el tránsito del capitalismo al socialismo, responde exclusivamente a una racionalidad objetiva? ¿No depende acaso del deseo, la voluntad y los intereses de los seres humanos? La izquierda independiente supo destacar la importancia de la praxis, de los proyectos, de los sueños y convocó a pensar la transición como un proceso histórico intencional conciente.

La izquierda independiente ha planteado la posibilidad de poner en marcha embriones de sociedad alternativa en un contexto de subsistencia del sistema capitalista. Esto es, no cree posible pensar-realizar ese cambio desde lugares externos e ideales. Se trata entonces de construir la nueva sociedad en medio del dominio hegemónico del capitalismo, partiendo de las condiciones históricas reales y concretas del pueblo organizado y en lucha. De ahí la importancia que le asigna a los espacios prefigurativos (y a las luchas prefigurativas) y las posibilidades de erigir ámbitos de avanzada de la nueva sociedad, ámbitos de socialismo en acto y de proyección socialista, en los intersticios del capitalismo y de su sistema de dominación. Así, las transformaciones que van de los aspectos materiales a los super-estructurales deben anteceder a la revolución política, son su condición. La transición al socialismo comienza hoy.

Para la izquierda independiente, estas certezas no niegan en absoluto la posibilidad de que un “gobierno popular” favorezca el proceso de transformaciones. Todo lo contrario. Pero está claro que ese gobierno no

puede ser el agente exclusivo del proceso revolucionario, sino un actor más, incluso un actor secundario.

La transición al socialismo aparece entonces para la izquierda independiente como un largo proceso que no puede comenzar con la “toma” o “conquista” del poder del Estado en la sociedad capitalista. La “toma” o “conquista” del poder del Estado debe ser concebida como un episodio relativamente tardío en este largo itinerario. Un episodio que requiere como precondition indispensable el desarrollo de valores, praxis, relaciones e instituciones característicos de la nueva sociedad en los marcos de la vieja. Esto significa que es necesario desarrollar focos autogestionarios, núcleos de democracia de base, en fin, espacios prefigurativos, para estar en condiciones de asumir la dirección del Estado (o de algunos de sus territorios) con fines revolucionarios. Al mismo tiempo la “toma” o “conquista” del poder no cierra la transición, en todo caso cambia las condiciones del desarrollo de las luchas por el socialismo.

La transición al socialismo exige asumir la realidad como punto de partida. Esto es, cambiarla desde su interior dialéctico y contradictorio y no desde un lugar exterior ideal, identificando en las contradicciones aquellos polos que pueden officar como materia de arraigo de un proyecto socialista, o como base de apoyo en la lucha contra toda forma de opresión.

Pero el problema de la transición al socialismo no se agota en el desarrollo de instancias prefigurativas y contra-hegemónicas. Estas instancias no tienen ninguna posibilidad de desarrollarse y expandirse, y, principalmente, anulan sus potencialidades contra-hegemónicas, sino asumen subjetividades orientadas a las transformaciones globales, sino inscriben su praxis en el marco de un proyecto transformador global. Para expresarlo en una sentencia breve, digamos: las instancias prefigurativas sólo podrán desarrollar toda su potencialidad si se comprometen enfáticamente con una lucha política en un plano general.

Hay que preservar a las instancias prefigurativas de las “micropolíticas” que parten de una contraposición absoluta entre las praxis orientadas a la creación

de lazo social y las praxis orientadas al Estado, las instituciones, la agenda política, etc., es decir, praxis orientadas a modificar la relación de fuerzas en el plano político. En primer lugar creemos que tal dicotomía es falsa, inexistente en la realidad, dado que considera que el Estado está “separado” de la sociedad. Por otra parte resulta algo evidente que, al crear lazo social, de hecho, ya se están empezando a modificar las relaciones de fuerzas en el plano político. A veces hay que asumir acciones tendientes a cambiar la relación de fuerzas en la sociedad para conservar y expandir los espacios en los que se crea y se recrea el lazo social. Esas acciones son las que resisten los defensores de la micropolítica; son consideradas como “ajenas”. Para las “micro políticas” sólo sirve mirar hacia adentro.

El intelectual italiano Lelio Basso proponía la noción de “participación antagonista”,³¹ que remite a una forma peculiar de participación de las clases subalternas y oprimidas en el Estado burgués. Esto es, participar en el Estado con el fin de que esa participación sirva para modificar las relaciones de fuerza en favor de las clases subalternas, es decir, transfigurar algunas porciones del Estado en instancias antagónicas respecto de la lógica del capital. Para Basso, inspirado en Antonio Gramsci, los antagonismos de la sociedad burguesa se expresan también en el Estado. El Estado, por lo tanto, no es un bloque compacto y es posible una participación que no sea asimilable, ni neutralizable por el poder burgués.

Creemos que una pregunta fundamental para la izquierda independiente es la que sigue: ¿qué puede hacerse desde el Estado en función de un horizonte emancipador?

Lo social y lo político

³¹ Véase: Basso, Lelio: “La partecipazione antagonistica”, en: *Neocapitalismo y sinistra europea*, Bari, Laterza editore, 1969.

En el marco del horizonte contra-hegemónico³² de un proyecto de transformación radical de la sociedad, una referencia político-electoral sólo sirve, sólo aporta, si contribuye a consolidar y desarrollar las organizaciones y movimientos populares de base: sean territoriales, sociales, sindicales, culturales, etc. Una referencia político-electoral tiene sentido (para una fuerza emancipadora) si sirve a lo social, más aún, si se subordina, si contribuye a los procesos de auto-organización, auto-educación y auto-gobierno de las clases subalternas y oprimidas, si homogeniza los grados desiguales de la conciencia plebeya a través de una estrategia basada en el diálogo y la articulación de las praxis.

Ocurre que las praxis tendientes a cambiar la relación de fuerzas en la sociedad y las praxis tendientes a crear lazo social alternativo al del capital, no son planos dicotómicos, son dos momentos de la misma estrategia de construcción de poder popular. Al crear lazo social alternativo al del capital se modifican las correlaciones efectivas de fuerza. Pero también hay que asumir acciones políticas tendientes a modificar las correlaciones efectivas de fuerza para conservar y expandir los espacios en los que se crea y recrea lazo social alternativo al del capital. Ciertamente, las micro-políticas, no toman en cuenta la importancia de los marcos institucionales para modificar la distribución del poder a favor de las clases subalternas y oprimidas.

Pero si la referencia político-electoral termina hipostasiada, o sea, si se convierte en un fin en sí misma y pierde el vínculo con la comunidad a la que debe obedecer, puede convertir al proyecto emancipador en una figura retórica y adocenada, en pura afectación, sin rabia y sin vitalidad, sobre todo: sin capacidad de poner en evidencia las relaciones de fuerza que la pequeña política encubre, sin capacidad de enfrentar las contradicciones que la pequeña política niega.

Marx decía que la política constituye una manifestación derivada y dependiente, no es un nivel autosuficiente, no se explica a sí misma, no tiene

³² Contrahegemónico quiere decir: antiimperialista, anticapitalista y antisistémico (crítico de toda relación jerárquica, opresiva y destructora de la naturaleza: patriarcado, sexismo, etnocentrismo, productivismo, etc.).

un fin en sí misma, se trata de un conjunto de mecanismos y de acciones, aparentemente autónomos (sólo aparentemente), orientados a realizar objetivos que siempre son extra-políticos.³³ Va de suyo que siempre se impone la consideración de otros niveles de la realidad social más determinantes, más significativos. Como vimos, Marx no desdeñaba la lucha política, pero esta lucha tenía como fin develar lo subyacente (intereses de clase, conflictos) y avanzar en la realización de objetivos que no son específicamente políticos.³⁴

Karl Korsch sostenía que “Marx pasaba prácticamente de la revolución jacobina burguesa, que pretende resolver las cuestiones sociales y satisfacer las necesidades de las clase trabajadora *sub specie rei publicae* [itálicas en el original] a la acción autónoma del proletariado moderno, resuelto a buscar las raíces particulares de su opresión y el camino preciso de su liberación en el terreno de la economía política, tratando todas las demás formas de acción social, incluida la política, *sólo como medios subordinados de su acción económica*”.³⁵ [Itálicas nuestras].

En la misma línea, Rosa Luxemburgo reivindicaba un conjunto de acciones orientadas a la ocupación de posiciones en el Estado burgués (participación electoral, presencia parlamentaria, etc.) pero planteaba que estas acciones, para adquirir un sentido verdaderamente revolucionario, debían favorecer la intensificación de la lucha de clases contra la burguesía.³⁶

³³ Recordemos que para Marx, a diferencia de Hegel, el Estado NO determinaba a la sociedad civil, sino que la sociedad civil era la que determinaba al Estado.

³⁴ Véase: Marx, Karl y Engels, Friedrich, *La ideología alemana*, Buenos Aires, Ediciones Pueblos Unidos, 1985. (Principalmente la Introducción “Feuerbach. Contraposición entre la concepción materialista e idealista”). Véase también: 1) Marx, Carlos: “Carta a Arnold Ruge” (Septiembre de 1843). En: Marxists Internet Archive, en: www.marxists.org. Traducción al Castellano: Virginia Monti, 2008; 2) Marx, Carlos, *Miseria de la Filosofía*, Madrid, Sarpe, 1984; 3) Marx, Carlos, *La guerra civil en Francia*, op. cit., y 4) Marx, Carlos, *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse) 1857-1858*, Tomos 1 y 2, México, Siglo XXI, 1997.

³⁵ Korsch, Karl, *Karl Marx*, s/d, Folio, 2004, p. 71.

³⁶ Véase: Luxemburgo, Rosa: “Una cuestión táctica”. En: Aubet, María José, *El pensamiento de Rosa Luxemburgo* (Antología), Barcelona, Serbal, 1983.

Por su parte Georg Lukacs planteaba que para evitar el reformismo propio de las prácticas parlamentarias estas debían estar subordinadas a una dirección y a unas prácticas extra parlamentarias y hasta antiparlamentarias.³⁷

El poder popular es básicamente un poder “directamente” social, aunque requiera del poder político. De ahí la contradicción profunda entre toda forma de fetichismo de la organización y las políticas orientadas a la transformación radical de la sociedad. Una contradicción que, en buena medida, podría llegar a ser resuelta si el poder político se concibe (y se ejerce) como “poder *obediencia*”.³⁸

Consideramos que la clave está en sumarle a los votos (que ocasionalmente se puedan obtener) algunos recursos de poder popular concretos, “fácticos”. Y viceversa. Lo que conspira abiertamente contra cualquier proyecto emancipador, al tiempo que potencia las peores taras políticas, es el desarraigo respecto de los campos prácticos.

La política en el tiempo largo. La impotencia de la política convencional

Aunque los fervores electorales de una parte de la izquierda independiente se corresponden a la actual coyuntura, la referencia política electoral debe ser pensada sin soslayar las condiciones de producción y reproducción de la hegemonía capitalista a nivel nacional, regional y mundial. Debe ser pensada en el marco de un horizonte de tiempo largo, en el marco de una tendencia global y atendiendo a la dirección de las correlaciones históricas.

En el tiempo largo lo que se percibe es que, desde fines de la década del 90 (aunque se puede partir de más atrás), en Argentina y en Nuestra América, en

³⁷ Veasé: Lukacs, Georg, *Lenin*, Buenos Aires, La Rosa Blindada, 1968. Citado por: Ouviaña, Hernán: “Introducción a la *introducción*. El “testamento político” de Friedrich Engels, en: Engels, Friedrich, *Introducción a la lucha de clases en Francia de Karl Marx*, Buenos Aires, Papel Negro Editores, 2004.

³⁸ Se trata de un concepto utilizado por Dussel y que puede ser asimilado al precepto zapatista de “mandar obedeciendo”. Véase: Dussel, Enrique, *20 tesis de política*, op. cit.

forma desigual y discontinua, se vienen deteriorando los formatos de representación tradicionales, al tiempo que las clases subalternas y oprimidas reclaman formas de participación directa y un nuevo protagonismo social.

¿A qué se debe este deterioro de los formatos de representación tradicionales, esta deslegitimación del consenso liberal? Hay muchos factores, haremos referencia a uno muy general: la aceleración de los procesos históricos y los cambios en los paradigmas productivos y los patrones tecnológicos impuestos por las grandes corporaciones superan las posibilidades de la política como gestión vertical del ciclo, como regulación de la contingencia, como administración relativamente progresista de lo establecido o como piedad, tornan insuficientes los instrumentos de un Estado regulador en los marcos capitalistas, sobre todo en la periferia. Podemos decir que, en buena medida, el deterioro de los formatos de representación tradicionales, la deslegitimación del consenso liberal, se corresponde con la inexistencia de alternativas dentro del capitalismo.

Esta aceleración, estos cambios, vienen generando importantes dislocamientos en las estructuras económicas, sociales y culturales, sobre todo en las sociedades periféricas. Cada vez resulta más evidente la falta de correspondencia entre las demandas crecientes de la sociedad civil popular y la capacidad de las instituciones para satisfacerlas. Los Estados periféricos siguen acumulando contradicciones e incoherencias a medida que su soberanía se sigue recortando. A lo sumo, las gestiones pro-capitalistas y moderadamente progresistas podrán limar algunas de las aristas más aberrantes del proceso histórico pero no podrán evitar que este continúe avanzando y arrasando. No, sin confrontar duramente con las grandes corporaciones locales y transnacionales y con un conjunto extenso de actores subestatales y supraestatales involucrados en las dinámicas de producción de desigualdad. No, sin la participación y la movilización (el protagonismo) del conjunto de pueblo. No, sin una “gran política”.

Un ejemplo entre miles posibles: las inundaciones que afectaron a la ciudad capital de Argentina (Ciudad Autónoma de Buenos Aires) y a la ciudad capital

de la provincia de Buenos Aires (La Plata), en abril de 2013, mostraron a los políticos tradicionales –a los de derecha, a los “progresistas” y a los dizque “nacional- populares”–, igual de sobrepasados por los acontecimientos. Absolutamente todos y todas trataron de mostrar la imposibilidad de controlar a las fuerzas de la naturaleza cuando en realidad dejaron en claro que hace cuatro décadas que no se puede controlar a la fuerza estructuralmente violenta del capital que ha convertido a los centros urbanos y a sus periferias en sitios en los que es imposible vivir con dignidad y en los que se ha cercenado el derecho a la ciudad.

En este sentido, la pequeña política al no cuestionar la imaginación geográfico-política hegemónica respecto de la ciudad, del espacio y de lo que es posible, al no poner en evidencia la relación que existe entre el desquicio urbano y la matriz extractivista, la expansión de los grupos agro-exportadores o entre el colapso del sistema de transporte y los límites de la industrialización neo-desarrollista, se convierte en una usina de frustración para la militancia popular bienintencionada; la condena a esa resignación característica de quienes se saben atrapados por fuerzas mayores, indescifrables e incontrolables. Esto ocurre en los más diversos campos.

En Argentina, el kirchnerismo revivió los tradicionales fetiches de la democracia liberal (y la ideología que le sirve de sostén), restituyó la confianza en las doctrinas y prácticas del “retorno al Estado” y la confianza en un “Estado inclusivo”, retrasando, de modos diversos, los procesos de deterioro de esas formas representativas y delegativas, pero sin llegar a revertir esos procesos. Algo similar viene ocurriendo en varios países de la región. Pero se trata de respuestas que, en el mejor de los casos, retrasan la desintegración social. Lo más extendido es la estrategia que consiste en disfrazar esa desintegración, recubriéndola con retóricas plebeyas.

Una flagrante contradicción queda expuesta. La matriz extractivista, como modalidad dominante del capitalismo periférico dependiente, es incompatible con la democracia y la igualdad. El extractivismo no remite sólo a un modelo de acumulación, a una matriz económica, es también un complejo sistema de

poder que deteriora los formatos representativos y la soberanía estatal. El extractivismo es una matriz económica, social, política y cultural depredadora.

Reivindicar hoy los formatos más tradicionales de la representación política y la delegación como ejes centrales de la acumulación política popular es un contrasentido histórico, un gesto de desconexión respecto de los procesos históricos más densos y significativos y de larga duración, caracterizados por un lento pero indeclinable derrumbe de la política tradicional, sus mecanismos normativos formales y sus instancias de mediación reducidas al rol de ejecutoras de las decisiones de los poderes fácticos. Es una actitud, en el fondo, conservadora; inhábil para discernir los “signos de los tiempos”. Y puede afectar el trabajo de los sectores de la izquierda independiente con inserción social (una inserción real, sólida y vital, estratégica y profundamente enraizada, ni accesorio, ni “decorativa”), desalentando al activismo y a las bases. Puede confundir a los compañeros y las compañeras cuyas praxis y axiología giran alrededor de una política que adquiere sentido sólo cuando sirve a lo social, sólo cuando tiende a ser reabsorbida por lo social.

Sobredimensionar esos formatos implica distanciarse de las praxis que hicieron posible el surgimiento de una nueva subjetividad plebeya, de una enorme potencialidad revolucionaria, hacia fines de la década del 90 y principios del 2000; y de las praxis que reforzaron y reactualizaron esa subjetividad en la última década y en diversos ámbitos: territoriales, sindicales, culturales, de género, etc. Implica también la transmisión de valores que no se corresponden con el horizonte de la emancipación.

La identidad fundacional de la izquierda independiente se conformó a partir de los “núcleos de buen sentido” o de los “momentos de verdad” de las clases subalternas. Núcleos y momentos que se caracterizaron por una tendencia a redefinir radicalmente la democracia, por su rechazo a las formas representativas-delegativas y por su repudio a la figura que exhibe al militante social y/o político como un “solucionador” de problemas. Rechazo y repudio a los que debemos sumarle un componente menos pasional, más reflexivo, y que sirvió para constatar la pésima *performance* de los ordenamientos verticales y

jerárquicos en lo que se refiere a las experiencias populares de las últimas décadas (en nuestro país, en Nuestra América y en buena parte del mundo).

Los ordenamientos verticales y jerárquicos son inadecuados, por ejemplo, para una confrontación a fondo con el capital transnacional o para sostener una lucha por la apropiación estatal de la renta agro-pecuaria, por la nacionalización de la banca, la reconstrucción del sistema ferroviario o el manejo de los recursos energéticos por parte de la nación. Estos ordenamientos son incompetentes para reconvertir matrices económicas y sociales, para impulsar modelos de acumulación basados en el desarrollo endógeno, en el mercado interno heterogéneo y popular, en las unidades autogestionarias. Se trata de horizontes que exigen un alto grado de conciencia popular y la participación directa del pueblo en todo el proceso.

La identidad de la izquierda independiente, su lenguaje, su horizonte político, se conformó con los elementos críticos y emancipatorios de la cultura popular y las identidades subalternas que pugnaban por el protagonismo social y político “directo” de los y las de abajo, por una institucionalidad paralela e intersticial. Una identidad muy alejada de cualquier noción institucionalista, mercantil o “líquida” de la política, distante de toda relación en términos de *imput-output* (demanda-respuesta) entre las instituciones políticas y la sociedad.

Exagerar las posibilidades de las instituciones burguesas, focalizar las energías militantes en las disputas electorales, implica asumir un terreno de disputa que es en esencia intra-sistémico y relegar las praxis orientadas al desarrollo de la auto-organización, la auto-educación y el auto-gobierno de las clases subalternas y oprimidas, la praxis medular de la izquierda independiente. En este sentido, la izquierda independiente deberá precaverse de los procedimientos a-históricos. Las soluciones a corto plazo, aunque puedan aparecer como “exitosas”, suelen favorecer el desarrollo de las tendencias que producen superestructuras artificiales (dónde el continente se convierte en el

contenido) y que propugnan el abandono de los perfiles más críticos y contestatarios.³⁹

Finalmente, no podemos pasar por alto un hecho demasiado evidente a esta altura del proceso histórico. Los diversos grados de acercamiento a los denominados gobiernos progresistas, no han hecho más que acotar la independencia política de los movimientos sociales y las organizaciones populares. Los compromisos con la gestión estatal no los ha fortalecido, por el contrario, han deteriorado una legitimidad construida a lo largo de muchos años y duras luchas. Esos compromisos resintieron en diversos grados los vínculos con las bases y la capacidad de resistir los procesos de desintegración social impuestos por el capitalismo en esta fase histórica. Creemos que los movimientos y las organizaciones que fortalecieron su autonomía y preservaron sus espacios de autogobierno han quedado mejor parados para enfrentar lo que viene. El caso boliviano puede ser considerado, parcialmente, una excepción. Sin dudas, la excepción más rotunda es la de Venezuela. Pero, como suele ocurrir en diversos órdenes, la riqueza no radica exclusivamente en el proceso en sí, sino también en la mirada que lo abarca en extensión y profundidad.

Las enseñanzas de la Revolución Bolivariana

La experiencia de la Revolución Bolivariana de Venezuela, con la que la izquierda independiente ha establecido diálogos fructíferos, no debería ser decodificada como un caso de revitalización de las clásicas mediaciones entre la sociedad civil y el Estado y de los formatos políticos liberales representativos/delegativos. La Revolución Bolivariana se inscribe en otra tradición. Su naturaleza es otra. Exhibe continuidades con las culturas y tradiciones políticas populares que, en Nuestra América, propusieron una

³⁹ John William Cooke planteaba que el ingreso de una fuerza política con potencialidades transformadoras en el “juego de la politiquería tradicional” podía conducirla a “las liquidaciones por decreto” o a “la desintegración por caducidad de su vigencia histórica”. Véase: Cooke, John William: “Informe general y plan de acción”. En: Cooke, John William, *Obras completas*, Tomo II, (Correspondencia Cooke-Perón), op. cit., p. 247.

relación directa líder-masas, y en donde las mediaciones e instituciones típicas de la democracia liberal ocuparon un rol secundario.

En el caso de la Revolución bolivariana, cabe destacar un elemento de ruptura respecto de esas culturas y tradiciones políticas populares de Nuestra América, concretamente: un liderazgo (el del comandante Hugo Chávez) que –sin dejar de reeditar algunas taras típicas del caudillismo tutelar, las jefaturas “sobrenaturales” y las formas más anquilosadas del liderazgo– supo alimentar la auto-organización y las formas de participación directa de las organizaciones de la sociedad civil popular. Un liderazgo que favoreció la conformación de un contexto político y jurídico relativamente apto para el protagonismo popular. Un liderazgo articulado a la cultura popular y que, por lo tanto, permitió que esta cultura devenga creadora y “evangelizadora”.

La experiencia posterior a la muerte de Chávez, arroja algo de luz sobre las características de su liderazgo. Ahora, sin él, se reconocen sus costados más originales y positivos. Y precisamente por eso más se lo añora. No es justo decir que Chávez se absolutizó a sí mismo como centro articulador, como equivalente simbólico general. Por el contrario, bien lejos del *ethos* del héroe dominador, el liderazgo de Chávez supo aportar al desarrollo de aquellas formas de organización del poder colectivo que resultan del intercambio “en la base”: el poder popular en su sentido más potente. Si buscó conjurar el carácter disperso del poder que tiene el pueblo trabajador apelando a su figura radiosa, no dejó de apostar al desarrollo de la conciencia del poder propio del pueblo trabajador.

Recordemos que la Constitución de la República Bolivariana de Venezuela, en su artículo 6, establece el gobierno “democrático, participativo, electivo, descentralizado, alternativo, responsable, pluralista y de mandatos revocables”; que en su artículo 70 establece mecanismos como el referendo, la consulta popular, la revocación de mandatos, las iniciativas legislativas, constitucionales y constituyentes, el cabildo abierto y la asamblea de ciudadanos y ciudadanas cuyas decisiones son asumidas con carácter vinculante. Asimismo, debemos sumar los sistemas de planificación pública creados por la Constitución: los

consejos de políticas públicas, a nivel local, parroquial y comunal, etc. O los Consejos Comunales, creados por ley especial en abril de 2006, a partir del modelo de la democracia participativa y protagónica.⁴⁰

Pero este contexto es un continente –importantísimo, sin dudas– que no debería confundirse con el contenido. La democracia participativa y protagónica sólo puede ser efectiva y auténtica cuando es ejercida “desde” las comunidades “hacia” las instituciones. No a la inversa. “Comuna o nada” es la consigna más potente gestada por la revolución bolivariana. Es la cifra de una utopía realista, de un sueño práctico. El proyecto del “Estado comunal” es el deseo y el legado póstumo más radioso de Chávez. Consigna y proyecto que abrevan en la propia historia de Venezuela. En el sueño de Simón Bolívar: que los pueblos se gobernasen por sí mismos.⁴¹ O mejor, en el sueño de Simón Rodríguez: que los pueblos aprendan a gobernarse por sí mismos.

Creemos que la Revolución Bolivariana viene delineando una forma de Estado que contempla la pluralidad de las formas organizativas de las clases subalternas. Es incontrastable la tendencia a construir u “Estado propio”, expresión del rechazo al “Estado ajeno”. Pero ese “Estado propio” promueve contradictoriamente, por un lado, la autodeterminación y las auto-dependencia comunitaria y, por el otro, la subordinación de las lógicas democráticas no estatales. Al mismo tiempo, ese “Estado propio” no deja de presentar situaciones donde la democracia como función de la hegemonía de las clases dominantes conserva algunas de sus formas específicas. El concepto de

⁴⁰ Los Consejos Comunales fueron concebidos como instancias para que las organizaciones populares puedan ejercer “directamente” la gestión de las políticas públicas y la de todos aquellos proyectos relacionados con la vida concreta de las comunidades.

⁴¹ Simón Bolívar supo justipreciar la importancia que tenían las experiencias concretas de gobierno para los pueblos de Nuestra América. Percibía el libertador que el yugo español dejaba a los pueblos de Nuestra América en una “infancia permanente respecto a las transacciones públicas”, que el colonialismo los mantenía alejados del manejo de los “asuntos domésticos” e ignorantes de “los negocios públicos y su mecanismo”. Lo mismo puede aplicarse a la actualidad respecto de la actitud de la burguesía frente a las clases subalternas y oprimidas. La burguesía busca evitar que los trabajadores desarrollen una experiencia de gobierno “directo” y, cuando esta tiene lugar, busca por todos los medios deteriorarla, debilitarla, desgastarla, desprestigiarla y atacarla; en caso de derrotarla avanza con saña sobre las posiciones adquiridas de las clases subalternas y oprimidas y busca escarmentarlas con el fin de evitar que tal osadía se repita en el futuro. Véase: Bolívar Simón, *Carta de Jamaica*, Kingston, 6 de septiembre de 1815, en: www.cpihts.com, chequeado el 17 de octubre de 2013.

dualidad de poderes queda corto. Es más que dualidad y, además, no se corresponde con una situación de crisis social y política aguda (por lo menos no por ahora).

La vitalidad de la revolución bolivariana radicó y radica en sus espacios antiespectaculares (y, por consiguiente, auténticos), donde lo social reabsorbe lo político y dónde el pueblo irrumpe con fuerza inusitada en el espacio público-político, dónde se van elaborando un *ethos* libertario y unas culturas libertarias, dónde se construye el socialismo *ya, aquí y ahora*, y no en sus instancias específicamente institucionales. Por cierto, estas últimas instancias son las que más distorsiones han generado y generan en el proceso revolucionario bolivariano y dejan mucho que desear como “correas de transmisión” (con honrosas excepciones). Por lo general, se trata de formas de mando que suelen expresarse en prácticas prebendales y en la acentuación del verticalismo. En esas instancias suelen ser más sólidas y diligentes las tendencias a favor de un chavismo sin socialismo.

Estamos de acuerdo con Javier Biardeau R. cuando afirma que: “No han sido errores ultraizquierdistas como el sectarismo doctrinario o un temerario voluntarismo, los que han llevado en mayor grado a un debilitamiento de la base social de apoyo a la revolución, sino que en gran medida son errores de derecha: *el burocratismo, el oportunismo, la corrupción; clientelizar en vez de construir poder popular, afianzar alianzas con factores económicos de derecha...*”⁴² [Itálicas en el original].

La vitalidad de la revolución bolivariana radica en las innumerables praxis constructoras de una sociedad civil popular cada vez más densa y compleja, y de proyección socialista: en las Comunas, en los Consejos Comunales, en las Salas de Batalla Social, en los Círculos Bolivarianos, en la Milicia Bolivariana, en las empresas bajo control obrero, en los medios comunitarios, en los distintos Comités (de tierras rurales, de pobladores urbanos, contra la

⁴² Biardeau R., Javier: “¡A luchar! La Revolución bolivariana ¿superará sus errores y debilidades?”, en: *Herramienta*, Revista de debate y crítica marxista, N° 53, Buenos Aires, Julio de 2013, p. 65.

especulación, de agua, etc.), entre otras organizaciones populares y otros movimientos sociales que refutan con su praxis cotidiana el prejuicio que presenta al socialismo como algo etéreo y arquitectónico; porque lo exhiben como experiencia vivida, humana, buena y accesible, con sus estructuras abiertas y accesibles, pero sin ocultar su carácter imperfecto. Se trata de estructuras embrionarias, de “contrasociedades”, de instancias con un innegable carácter “transicional”, que rozan las concepciones libertarias del poder, que nuclean a millones de hombres y mujeres del pueblo, y donde se viene desarrollando una nueva formación socio-económica superadora del capitalismo. Desde allí, desde abajo, desde las experiencias de autogestión económica y autogobierno surgen las presiones para hacer del gobierno un complemento (o una prolongación) del autogobierno, del poder popular. Sólo la extensión de esas experiencias, su consolidación, su crecimiento y su multiplicación, hará posible la profundización del proceso revolucionario.

Esas experiencias son la auténtica vanguardia democrática y revolucionaria de Nuestra América y el mundo. El carácter vanguardista de un gobierno se explica a partir de su relación con estas experiencias. Un gobierno que se erige en retaguardia de las mismas puede ser considerado, paradójicamente, un gobierno vanguardista.

La izquierda independiente no debe confundir formas de mando con liderazgos, no debe ceder a la tentación del atajo fácil de las primeras ante las dificultades de gestar y multiplicar los segundos. Luego, en lo que atañe a la revolución bolivariana, debe poner el ojo, no tanto en el “momento estatal” o en los espacios donde rige una moral que no deja de ser muy similar a la moral del dominador, sino en los intersticios en los que se gesta una ética comunitaria de liberación, en las organizaciones más dinámicas de la sociedad civil popular y en las figuras que han impulsado los disloques de la normalidad burguesa y del mismo Estado. En esos intersticios, en esas organizaciones y en esas figuras, precisamente, radica el caudal de energía que le ha permitido a la Revolución Bolivariana resistir el proceso de transnacionalización planetaria. Esa y no otra es la vertiente histórica a la que debemos incorporarnos, la vertiente que nos ayudará a conquistar (como pueblo) posiciones de avanzada.

Sin esos intersticios, sin esas organizaciones y sin esas figuras, el generoso principio de la participación protagónica quedaría reducido a una expresión de deseos, o sería un elemento más del arsenal retórico de los y las aspirantes a cargos públicos y de toda la fauna del oportunismo político.

Sin esa presencia refulgente, el “vanguardismo electoral” de la Revolución bolivariana, que ha mostrado su capacidad de exceder la legalidad y la institucionalidad burguesa, viraría indefectiblemente hacia formas de democracia liberal.

Tomado un concepto utilizado por René Zavaleta Mercado para analizar la experiencia del General Torres en Bolivia a comienzos de la década del 70, podemos decir que, mas allá de las todas las justificaciones historicistas (o históricas a secas) que podamos pergeñar, Chávez fue para la izquierda –por lo menos en parte– un “azar favorable pero no una construcción sistemática y coherente”.⁴³ El gran desafío para la Revolución Bolivariana, para la izquierda y para el conjunto del pueblo pobre venezolano es convertir los efectos de ese azar favorable en construcción sistemática y coherente. Nosotros, desde Argentina, estamos obligados a la construcción sistemática y coherente.

Tal vez haya llegado el momento de leer la experiencia bolivariana a la luz de la experiencia neo-zapatista (y también a la inversa). Puede que el diálogo entre estas experiencias sea fructífero para ambas. Lamentablemente, algunas franjas del activismo de la izquierda independiente, concretamente los sectores más a-críticos, incapaces de sustraerse al prestigio de las modas político-intelectuales, parecen haber olvidado los aportes plenamente vigentes del neo-zapatismo y las rupturas en la matriz política y cultural de la vieja izquierda que esta experiencia supo instituir (y que sigue instituyendo a partir de la fidelidad a una línea estratégica). Podría decirse que abandonaron el pasamontañas con la misma liviandad con que lo adoptaron.

⁴³ Véase: Zavaleta Mercado, René, *op. cit.*, p. 170.

Lo instituido y el poder popular

Una referencia político electoral afín al proyecto de la izquierda independiente, al asumir la participación en las instituciones de la democracia liberal-burguesa deberá, al mismo tiempo, favorecer las formas de democracia alternativas, las formas de democracia popular, el protagonismo directo del pueblo, que son las formas propias vinculadas a la construcción de poder popular⁴⁴. Si coloca un pie en el Estado, para ponerlo en tensión (más allá de las transacciones necesarias), para resignificar la representatividad, jamás deberá levantar el pie de las construcciones prefigurativas, para protegerlas y para alentarlas permanentemente. Se trata de no reducir las instituciones a lo instituido. Así, la izquierda independiente podrá cuestionar y trascender dialécticamente a esas instituciones, podrá crear otra institucionalidad afín a la clase que vive de su trabajo. Podrá cabalgar con solvencia la paradoja de crear embriones de nueva institucionalidad desde una estructura de mando estatal.

Por ejemplo: al proponer –en la tradición de la Comuna de París de 1871– la revocabilidad de todos los cargos en todo momento, la rendición de cuentas, los mandatos imperativos, el sueldo igual a un sueldo mínimo de un empleado de Estado; al promover abiertamente el protagonismo directo de las bases y la articulación con espacios asamblearios (sobre todo esto último), las representaciones político-electorales de izquierda independiente pondrán en tensión todo el andamiaje de la democracia formal y delegativa. Además, se establecerá “una barrera eficaz al arrivismo y a la caza de cargos” como planteaba Engels respecto de la Comuna de París.⁴⁵ Nada de esto debería ser considerado como elemento secundario, nada de esto debería ser asumido como mero formalismo. Por el contrario, si se asume la disputa hegemónica habrá que dar, desde el comienzo, los pasos más adecuados para la construcción del terreno político estratégico correspondiente.

⁴⁴ Vale recordar que una de las características fundamentales del Estado burgués (y del poder burgués) es la escisión entre las funciones legislativas y ejecutivas. El poder popular tiende a unir esas funciones.

⁴⁵ Véase: Engels, Federico, “Prólogo” a: Marx, Carlos, *La guerra civil en Francia*, op. cit, p. 28.

Ezequiel Adamovsky plantea que “El problema de la representación no es que *haya* representantes, sino que estos se conviertan en un *grupo especial* permanente, que se distinga y se separe del colectivo. Una institución de nuevo tipo debe incluir acuerdos previos acerca de quienes desempeñarán funciones de voceros, delegados o representantes en diversos ámbitos o situaciones, y a partir de qué mecanismos democráticos y transparentes serán designados. Pero también deben existir reglas claras que limiten las posibilidades de que los favorecidos en un momento se transformen en ‘dirigentes profesionales’, fijos, con una capacidad de afectar las decisiones del conjunto mayor que la de los demás”.⁴⁶ [Itálicas en el original].

Una referencia político-electoral de la izquierda independiente no puede dejar de reivindicar a las organizaciones populares y a los movimientos sociales, como ámbitos privilegiados para la toma de decisiones (sobre todo las estratégicas). En este sentido uno de los ejes de su propuesta deberá considerar la descentralización del Estado a partir de la consolidación de unidades organizativas territoriales, es decir: instancias de poder popular local y regional.

Una referencia político-electoral de la izquierda independiente, deberá perfilarse como un poder delegado pero articulado a la fuente del poder, es decir: enraizado en la comunidad. El aislamiento del poder delegado conduce al fetichismo del poder y este, por su parte, al cinismo político.

Claro está, la referencia político-electoral de la izquierda independiente deberá elegir como representantes a elementos confiables. Compañeros y compañeras de las organizaciones populares y los movimientos sociales, militantes referenciados-as en los conflictos, en las luchas, capaces de comunicar masivamente el sentido y los horizontes de esos conflictos y esas luchas. Líderes serenos. Y no expertos-as en el arte de administrar, publicitar, vender. Políticos críticos. Y no las figuras opacas y coercitivas, reacias a todo

⁴⁶ Adamovsky, Ezequiel: “Problemas de la política autónoma: pensando el pasaje de lo social a lo político”. En: AA.VV., *Pensar las autonomías. Alternativas de emancipación al capital y el Estado*, México, Sísifo/Bajo Tierra/Jóvenes en Resistencia Alternativa, 2011, p. 229.

lo que se mueve y no se puede controlar (reacias al “movimiento”, reacias a los plafones identitarios de las praxis diversas); figuras cuya autoridad emana de los reglamentos, los lenguajes disciplinados y las justificaciones pseudodemocráticas; figuras que sólo saben desenvolverse en micro-climas de aparatos centralizados.

Palabras nuevas

Una referencia político-electoral de la izquierda independiente, no debería recurrir al lenguaje como fuga hacia el “signo” y al “texto”, es decir: como encubrimiento. Es precisamente el lenguaje de la burguesía el que está confeccionado de encubrimientos.

Muchos espacios de la izquierda independiente, en lugar de comprometerse con la tarea de construir una nueva discursividad antagonista (y un imaginario antagonista), se esfuerzan por adaptarse a las formas establecidas de la discursividad política contemporánea. Consideran que esta adaptación es una condición para “pertenecer”, para ser aceptado en el “juego de la política”, que es en realidad el “espectáculo de la política”. En lo más bajo del escalafón político-intelectual, están aquellos que suponen que esa adaptación se complementaría perfectamente con la adopción de alguna identidad prefabricada, preferentemente del tipo nacional y popular. Pervirtiendo, a través de la grosera manipulación simbólica que supone este “abecé”, el sentido de las identidades políticas plebeyas en general y de la identidad nacional-popular argentina en particular, subestimando al pueblo de un modo que ruborizaría a la derecha. Los efectos de estas prácticas se pudieron constatar en 2013: contribuyeron al deterioro de una comunidad de sentido que ya venía deteriorada.

Una referencia político-electoral de la izquierda independiente no debería reclamar el derecho a la participación en el espectáculo de la política, en el universo mediocrático. El “público” es una mentira, lo único que cuenta son los

protagonistas. El espectáculo y la revolución pertenecen a órdenes diversos y antagónicos. Si se asume el objetivo de ingresar en el espectáculo político, si la política espera que su verdad le sea dictada por el espectáculo, probablemente se termine repudiando lo concreto y negando los conflictos sustanciales y la lucha de clases. El espectáculo es del orden de la gestión. La política reducida a la gestión no está en condiciones de dar cuenta de los antagonismos sociales de fondo de nuestro tiempo y mucho menos de sostener una promesa de emancipación.

Una referencia político-electoral de la izquierda independiente debe hablar un lenguaje similar (es decir: afín) al del espacio que pretende expresar. Negarse a este lenguaje es renegar de su saber político distintivo, e implica renunciar, nada más y nada menos, a la lucha por la transformación de las subjetividades moldeadas por el sistema de dominación y a la construcción simbólica de la realidad (una realidad “otra”); un elemento imprescindible de cualquier praxis prefigurativa. Por eso, en este aspecto, no existen posibilidades para la implementación de algún tipo de tacticismo.

Una referencia político-electoral de la izquierda independiente debe encontrar una gramática y una estética originales, propias. No debería reproducir la estructura conceptual, el tono, la estética bizarra, y el desgastado discurso promedio del mercado electoral y los “políticos profesionales”: tibio nacionalismo aburguesado, liberalismo, moderación, keynesianismo; todo sazonado con una dosis de paternalismo (o maternalismo), ya sea ilustrado o patronal, y de lógica mercantil en diferentes gradaciones. En el marco de las coordenadas impuestas por este discurso está vedada la celebración de la lucha de clases, tanto de la que se libra “desde abajo” (celebración por izquierda), como de la que se libra “desde arriba” (celebración por derecha). Este discurso promedio siempre genera suspicacias e incredulidad en la militancia popular. En el fondo, nadie lo toma en serio.

Georg Christoph Lichtenberg, decía que el lenguaje es filosofía condensada. Gramsci, por su parte, no pasó por alto el hecho de que las relaciones sociales son constructoras de lenguaje, de que las relaciones de dominación se

expresan, también, en una gramática instrumental (la gramática favorita de la burocracia). Un proyecto emancipador no puede manipular el lenguaje, no puede apelar a las “tácticas de enmascaramiento”, no puede apelar a la mercadotecnia política. Eso sería traicionar su propia “filosofía”, su propia “gramática”. La izquierda independiente tiene que gestar un lenguaje político que esté a la altura de la poética de sus mejores acciones; tiene que hacer posible una dialéctica los discursos alternativos y de las formas de ser alternativas. Vale recordar que la *poiesis* es básicamente un hacer creativo. Como decía Rosanvallón: “en política siempre necesitamos palabras que recojan la cosecha de nuestros deseos para constituir el plan de nuestros sueños”.⁴⁷

En este aspecto, los riesgos para la izquierda independiente se pueden expresar en dos disposiciones extremas que van de la búsqueda de un “abracadabra” a la “ecolalia”. Esto es, por un lado, la creencia en las palabras mágicas y por el otro una perturbación del lenguaje en la que el individuo repite involuntariamente palabras o frases.

Sin dudas, esta referencia político-electoral debe recurrir a los lenguajes claros y masivos, desprendidos de apelaciones “doctrinarias”, pero eso no debe confundirse con la desideologización, la despolitización o la despoetización del discurso. No hay que olvidar que, en el marco de una estrategia contra-hegemónica, se trata de utilizar el espacio político-electoral con el fin de generar (también desde esa trinchera) una nueva visión crítica de la realidad y universos de sentido nuevos. El desafío mayor es aprender a desarrollar praxis a contratiempo sin dejar de pertenecer al este tiempo.

Es un grave error, un acto de ingenuidad, o de oportunismo de la peor catadura, sostener que la participación en instancias electorales exige disfrazarse de intra-sistémicos y de trans-clasistas, moviéndose en el universo de sentido estandarizado y “políticamente correcto” del sistema.

⁴⁷ Rosanvallón, Pierre, *op. cit.*, p. 17.

Considerar que la “masividad” de una propuesta política se logra vaciando los contenidos, atemperándolos o edulcorándolos, apelando a fórmulas inclusivas que subsumen al pueblo trabajador en una totalidad indiscriminada, alienante y ajena, (por ejemplo la “unidad nacional”⁴⁸); recurriendo a consignas discretas y apocadas: el hombre y la mujer que “son como vos”, que “caminan tu barrio”, que “trabajan en equipo” (y sandeces por el estilo) y a categorías sociales indeterminadas: “la gente”, el pueblo en sentido abstracto, el “cambio”, y otras categorías desideologizantes, despolitizantes y despoetizantes; convocando alrededor de objetivos (o “fuentes de objetividad”) muy limitados o partiendo de cierta experticia administrativa, implica renunciar a cualquier propósito anti-sistémico. De este modo, este discurso termina reforzando a las instituciones que –supuestamente– se pretende subvertir.

La política, si se pretende radicalmente transformadora, no debería afincarse en los ámbitos de la interlocución argumentativa. Debe excederlos. La deliberación debe ser complemento de la lucha, no un fin en si misma. Asimismo, las tareas de una construcción hegemónica (contra-hegemónica), no pueden basarse pura y exclusivamente en el campo de las construcciones discursivas.

Los proyectos políticos emancipadores son incompatibles con las estrategias discursivas tendientes a la superficialización de la realidad.

Una referencia político-electoral, comprometida con un proyecto contra-hegemónico, afín a un conjunto de espacios anti-sistémicos, expresión genuina (a partir de una autoridad ético-política) de una amplia articulación de sectores de la sociedad civil anticapitalista, debe interpelar a un sujeto plural, diverso, pero al mismo tiempo de clase: un sujeto plebeyo, subalterno y oprimido. De lo contrario, no hace más que reproducir la ideología y el poder dominante.

⁴⁸ La consigna de la “unidad nacional” suele ser utilizada por aquellos sectores que están menos predispuestos a ceder algún interés particular en beneficio de un interés universal. La unidad nacional aparece como un principio de convivencia basado en la inalterabilidad del proceso de reproducción de las clases dominantes.

Jamás habrá que dejar de reivindicar el pluralismo, entre otras cosas porque la lucha contra-hegemónica es una lucha nacional-popular que excede las posibilidades de cualquier sujeto popular específico y acotado. Pero hay que tomar distancia del pluralismo acrítico y liberaloide que promueve la convivencia pacífica con el poder.

Esto vale también para las alianzas. Las alianzas “electorales” con sectores de otros espacios políticos (espacio intrasistémicos, principalmente de centroizquierda o de izquierda institucionalizada, espacios que no se proponen una lucha contra-hegemónica), aunque le garanticen mayor presencia pública y mayor visibilidad social, probablemente terminen desdibujando los perfiles más radicales de la izquierda independiente. El riesgo es terminar proponiendo retoques “por izquierda” a la agenda política de la teoría neoclásica.

Al mismo tiempo, una referencia político-electoral de la izquierda independiente deberá encontrar una gestualidad propia. Recurriendo a un juego de palabras en el mejor estilo de James Joyce: unos gestos que gesten (acciones), una gesta de los gestos.

A prudente distancia de las representaciones

No es necesario que, tanto las organizaciones de base y los movimientos populares como los frentes socio-políticos que ocasionalmente los puedan nuclear y/o articular, deban convertirse en fuerza electoral. Es más, creemos que, en las actuales circunstancias, no es conveniente. Estas organizaciones, movimientos y frentes pueden apelar a referencias electorales externas sin metamorfosearse en referencia político-electoral, estas referencias externas pueden ser creadas ad-hoc o se pueden celebrar acuerdos con algunas referencias ya existentes. Lo óptimo sería que el espacio de la izquierda independiente cuente con una referencia político-electoral común capaz de organizar la diversidad y articular un conjunto de demandas. Las condiciones exigibles a estas referencias son obvias: que puedan expresarse en el espacio

público con el lenguaje de las organizaciones, los movimientos y los frentes socio-políticos, que compartan un plafón identitario general, que partan de lógicas de construcción similares y/o complementarias, que sean confiables, respetuosas de los acuerdos políticos, etcétera.

Sin dudas, a esta altura, puede resultar una perogrullada, pero vale insistir en el hecho de que un instrumento político idóneo para aportar a la consolidación y al desarrollo del poder popular y a la construcción del socialismo “desde abajo”, debe admitir una afinidad radical respecto de esos objetivos. Sus lógicas no pueden autonomizarse, arguyendo razones tácticas, apelando al recurso de la “necesidad histórica”. Este instrumento político debe aportar a la unidad, no a la uniformidad, del movimiento popular. Debe asumir una cuota de pluralismo ideológico y político.

La “distancia de las representaciones políticas” puede ser una forma de preservar a las organizaciones, a los movimientos y a los frentes, una modalidad apta para no afectar sus tareas estratégicas y a largo plazo, para no afectar su “vitalidad ontológica” y el “carisma” que posee como espacio. Puede ser necesaria para salvaguardar los ámbitos en los que, en definitiva, se atesora todo lo que vale para la emancipación.

Al mismo tiempo, la distancia de las representaciones políticas, puede contrarrestar las tendencias super-estructurales de las referencias político-electorales, la tendencia a autonomizarse, a hipostasiarse, a conformar elites especializadas, de técnicos o expertos o, dicho más directamente: de militantes que pretenden hacer “carrera política”, de políticos profesionales (y que para colmo de males se perfilan como prematuros y abúlicos).

No debemos olvidar que el político profesional es parte fundamental de las estructuras del poder burgués, como lo es el burócrata, el empresario, el militar, el cura y el periodista “independiente”. También es parte de la división social del trabajo capitalista. Es expresión de la objetividad perdida por la burguesía.⁴⁹

⁴⁹ En términos de León Rozitchner: “La objetividad perdida por la burguesía es el resultado de un proceso durante el cual se elabora la separación de las actividades sociales, de modo tal que se pierden o se pasan a la inconciencia las relaciones fundamentales que mantienen entre

Estas determinaciones que lo llevan a no dar cuenta de la totalidad –ya sea conscientemente, porque conoce las ventajas de su ocultamiento, ya sea inconscientemente por falta de conciencia–, lo inhiben como agente de la formación de la conciencia popular.

En el fondo, en todo político profesional, subyace la idealización del modelo más puro de la democracia ateniense: un sistema en que unos pocos ciudadanos se daban el lujo de la política y se especializaban en los asuntos públicos, porque los esclavos se encargaban de la producción, los extranjeros y liberados del comercio y las mujeres de la economía doméstica.

Por lo general, las figuras del político profesional (el político convencional y no el político crítico) y del revolucionario son antagónicas, por lo menos como punto de partida. Sin dudas han existido “políticos revolucionarios”, pero la segunda condición, en casi todos los casos históricos, fue adquirida en el marco de un proceso de radicalización política desde abajo. En el marco de esos procesos los políticos pueden “cambiar de piel”.

El riesgo para la izquierda independiente es idealizar un instrumento marginal invirtiendo los términos, esto es: hacer de una praxis que por naturaleza debe ser externa, coyuntural, efímera, una praxis principal. Y convertir en externas a las praxis estratégicas, asumiendo la mirada del político profesional, del “representante”, “del hombre o la mujer al servicio de la gente”, etcétera.

Hace más de cincuenta años, John William Cooke escribía en una carta dirigida a Juan Domingo Perón: “...en un Movimiento que busca combatir en todos los terrenos, la táctica comicial el secundaria y subordinada a las conveniencias de una estrategia mucho más amplia. Si esta última es débil, o poco clara, o no existe, entonces todo se centra en lo electoral y no hay diferencia mayor con los partidos ‘tradicionales’ ...”⁵⁰

sí”. Véase: Rozitchner, León, *Moral burguesa y revolución*, Buenos Aires, Ediciones de la Biblioteca Nacional, 2012, p. 141.

⁵⁰ Cooke, John W.: “Carta de John William Cooke a Juan Domingo Perón del 24 de julio de 1961”. En: *Obras completas*, Tomo II, (Correspondencia Cooke-Perón), op. cit., p. 475.

Otro camino para el retroceso de la izquierda independiente: el corporativismo y el sectarismo social y político

Así como la izquierda tradicional se ha dedicado a criticar (y hasta a regodearse) de las derivas reformistas o populistas de algunos sectores de la izquierda independiente parapetándose en las certezas anteriores, profundizando el sectarismo y el dogmatismo, algunos sectores de la izquierda independiente, aparentemente más alejados de esas derivas reformistas o populistas, han asumido una actitud similar, o por lo menos igual de improductiva.

En efecto, en el otro extremo de las derivas socialdemócratas y populistas, y de las concepciones superestructurales de la política, aparece el emplazamiento determinista, corporativista y antiintelectualista (de ese tipo de antiintelectualismo del que sólo son capaces los intelectuales). Y aunque, por lo general, desde este *locus* se suele despotricar contra el dirigismo, muchos espacios no pueden ocultar una posición que, indirectamente, se enreda en esa tentación. Asimismo cuesta superar la tentación estructuralista y sobrepasar la tendencia a derivar mecánicamente posicionamientos políticos de condiciones materiales y sociales. Todo esto redondea una concepción de fondo que es básicamente antipolítica y que, por lo tanto, reniega del espacio público. Las contradicciones se circunscriben al plano social. Estos espacios antipolíticos, obnubilados por la autosuficiencia, se apartan de todo proceso que haga posible el pasaje de la clase en-sí a la clase para-sí. Niegan la importancia de construir planos de intersubjetividad amplios, imprescindibles en una sociedad libre. No asumen el socialismo como un orden superador del contractualismo presente en las redes y los tejidos asociativos plebeyo-populares. De algún modo, justifican la acusación de “proudhonianos”, alguna vez lanzada desde la orilla de la izquierda tradicional.

De esta manera la “ilusión política” termina reemplazada por la “ilusión social”. La resistencia, que sin dudas es un terreno concreto que jamás deben

abandonar las clases subalternas y oprimidas, se instala como el único horizonte posible para las mismas, clausurando la posibilidad de que estas puedan gestar una alternativa política propia. Creemos que sin el desarrollo de una alternativa política la capacidad resistente del pueblo termina deteriorándose.⁵¹

La imprescindible faena de romper la escisión dirigentes-dirigidos no consiste sólo en bajarle los berretines y las ansias dirigistas a los estudiantes y a los intelectuales (que por cierto, los tienen y es evidente que muchos-as no pueden ocultar su alma de aspirantes al cargo público o su adhesión al “modelo de gestión por competencias”), sino básicamente, en contribuir decididamente a que el pueblo, en forma democrática, horizontal y autónoma, desarrolle esa función de dirección, que el pueblo devenga “sujeto político”.

El corporativismo además de ser expresión de un momento en las relaciones de fuerza, un momento que puede ser necesario, que puede estar marcando un avance respecto de una etapa previa de “dispersión” y “sumisión”, consiste también en negarse al momento ético-político (que incluye lo institucional). El corporativismo es la idealización de la autonomía de la particularidad y vale decir que el particular abandonado a sí mismo (a su sola particularidad), se frustra, alimenta la lógica del *ghetto*; por lo tanto, tiende a pormenorizarse en sectas.

Sectores de la izquierda independiente, critican los afanes institucionales formales de otros sectores de la izquierda independiente mientras convocan a ejercer un corporativismo “de base”, “desde abajo”, y... ¡fundado en determinaciones socio-estructurales! acomodando la realidad a esquemas y prejuicios previos. Así, muchos espacios de la izquierda independiente están

⁵¹ En relación a este tema Daniel Bensaïd sostenía: “Pero así como Marx reprochó a sus contemporáneos una ‘ilusión política’, consistente en la creencia en que la conquista de libertades civiles y democráticas eran la última verdad de la emancipación humana, nosotros podemos constatar en nuestros días una ‘ilusión social’, según la cual la resistencia social al liberalismo sería, en ausencia de una alternativa política, nuestro horizonte infranqueable. Es la versión ‘de izquierda’ del ‘fin de la historia’...”. Véase: *Actualidad del marxismo. Respuestas de Daniel Bensaïd a las preguntas de jóvenes militantes de la organización política marxista rusa Vpered, tras su congreso en Moscú de noviembre de 2006*. En: Revista *Contra-tiempos*, Nº 0, Buenos Aires, mayo de 2013, p. 191.

expuestos a una combinación poco productiva de economicismo antipolítico y utopismo revolucionario abstracto.

Es evidente que compartimos la preocupación por la gestación de elites de cualquier signo, pero vale tener presente que estas no sólo se gestan en el plano de lo político-institucional, también se pueden gestar en el “abajo”, lo mismo que las sectas y los liderazgos de baja calidad, insulares y de estrecho horizonte.

Es una gran limitación presentar la cuestión institucional en forma simplificada y estereotipada, considerarla, por ejemplo, una preocupación de estudiantes e intelectuales. Esta, nos parece, es una de las más perversas formas de subestimación del pueblo. Y le hace un grueso favor a las clases dominantes. Niega la posibilidad de que las clases subalternas y oprimidas asuman roles dirigentes, es decir: que se conviertan en sujetos políticos hábiles y con proyección nacional. Al mismo tiempo reivindica el analfabetismo político de la sociedad civil popular, la “inocentiza”.

La idealización de lo territorial y de su composición de clase, puede asumir formatos elitistas (por lo general encubiertos y ladinos) puede gestar referentes egoístas, micro-caudillismos y micro-cacicazgos. Lo mismo se afirma en relación a lo sindical. Es evidente que los espacios territoriales y sindicales han desarrollado una “creatividad lineal” y una “creatividad emergente”, es decir, la capacidad de mejorar en forma constante y sucesiva una realidad local en el plano “relacional”, pero esa creatividad no ha sido necesariamente (y eso es lo que nosotros más ansiamos) un motor para desarrollar una creatividad radical. Es más, percibimos que muchas veces se utiliza la creatividad lineal y emergente en contra de la creatividad radical, en contra de la inventiva teórica y política.

Con criterios similares podría plantearse que la política internacional, cultural, de prensa, etc., también son preocupaciones ajenas al sector territorial o sindical, cuerpos extraños a los mismos. También sabemos que esas preocupaciones no surgieron espontáneamente, que hubo compañeros-as que

las plantearon, las pusieron en debate colectivo y finalmente se convirtieron en acciones que consolidaron al sector. Sin que por eso se haya generado una elite. Tal vez lo mismo pueda ocurrir con otras cuestiones más específicamente políticas. El tema es qué espacios creamos para debatir estas cuestiones, que reaseguemos instituímos de cara al futuro. El riesgo es que el territorio o el sindicato (la agrupación sindical, la seccional, el gremio o la central sindical) se conviertan en una isla. El riesgo es repetir una tragedia de insignificancia y mediocridad. ¿Vamos a cometer mismos los incidentes críticos de la vieja izquierda?

Un núcleo de buen sentido de la política popular radical dice que es señal de buena salud que haya mucha democracia, debate y participación en los ámbitos de donde surgen los trazos estratégicos y que en los asuntos operativos predomine la libre iniciativa de los militantes a nivel individual o grupal.

La consigna de la multisectorialidad en su tiempo se planteó como antídoto contra el corporativismo que, ciertamente, era algo lógico en los movimientos populares autónomos hace diez años. Entonces la multisectorialidad constituyó un salto político de calidad, porque proponía recorrer el camino hacia lo ético-político, proponía una búsqueda de elementos de ensamble y de fusión del pueblo, elementos que son básicamente políticos.

Ese camino ético-político contemplaba las incursiones en ámbitos institucionales como posibilidad de un paso acumulativo táctico con la aptitud de favorecer transformaciones más profundas (una posibilidad que hay que evaluar en cada coyuntura). Pero hoy vemos, consternados, que cuando aparece la cuestión, cuando se la pone sobre el tapete en forma descarnada, se le asigna un sentido unívoco (y principista) y muchos-as prefieren regresar al punto de partida.

Es cierto que los experimentos político-electorales llevados a cabo por algunos sectores de la izquierda independiente en 2013 respondieron más a las urgencias inexplicables (utilizamos un término piadoso) de una franja del

activismo que a los procesos de construcción de consensos amplios en el conjunto de la militancia y en las bases. Esto, como era previsible, no hizo más que alimentar los resquemores y las dudas respecto de las posibilidades de las incursiones institucionales.⁵²

Nosotros-as, militantes de carne y hueso en periferias urbanas de países periféricos, tenemos que situarnos en el epicentro de los conflictos y las tensiones, cabalgarlos, resolverlos. No podemos permitirnos la actitud del avestruz, ni las comodidades teórico-prácticas sólo posibles desde lugares exteriores al los ámbitos dónde se libran los combates fundamentales.

Retomando un planteo anterior: la multisectorialidad, para ser eficaz, deberá aportar a la tarea de crear una institucionalidad popular al tiempo que tendrá que afrontar intervenciones en “institucionalidades ajenas”, aunque más no sea, para ponerlas en tensión, pero sobre todo para proteger la institucionalidad propia, para proyectarla.

El aislamiento, además de conspirar contra toda motivación colectiva y sentido de pertenencia en gran escala, puede ser una forma encubierta de integración al sistema, ya que promueve la convivencia pacífica y controlada de las diferencias en el marco de las jerarquías preestablecidas (lamentablemente no se fomenta una convivencia similar entre los particularismos del propio espacio, entre los más cercanos y afines); en fin, se naturalizan las relaciones de poder. La autonomía se pervierte porque remite a un acomodamiento a las concesiones desde arriba.

Dilemas

La izquierda independiente vive un tiempo de incertidumbre y de relativa dispersión. Atraviesa un instante que debe exorcizar mediante un acto de libertad inspirado en su experiencia primordial. Hoy faltan señales claras

⁵² Confiamos en que, de aquí en más, se prioricen los consensos colectivos por sobre las “inexplicables” urgencias sectoriales.

respecto del terreno político estratégico a construir. Las circunstancias plantean la necesidad de redefinir algunas líneas de acción y exigen la ratificación de sus objetivos más característicos y de sus modos de ser en el mundo. En el núcleo de las perspectivas emergentes anidan significaciones políticas y existenciales incompatibles.

Extremadamente simplificadas, las disyuntivas serían las siguientes:

O la izquierda independiente ratifica como su principal objetivo la reinención de la política emancipatoria a través de la creación de un movimiento social y político antisistémico extenso, variopinto y potente, un movimiento que esté en condiciones de arraigar en el tejido social, de librar batallas significativas, de modificar el principio de factibilidad, de avanzar en la construcción de un “bloque histórico”, es decir: el horizonte de una “gran política” y su praxis correspondiente, o se convierte y se pervierte en una fuerza más, absorbida por las lógicas de la “pequeña política”, autosatisfecha en su sectarismo o en su inconsistencia ideológica.

O la izquierda independiente se centra en la construcción de múltiples liderazgos sociales y políticos arraigados y comprometidos con unas comunidades concretas, o se dedica a construir “referentes” y “tribunos de la plebe” más o menos mediáticos e inicia una deriva (un declive, una decadencia) hacia la centroizquierda o hacia el progresismo.

O la izquierda independiente forma y se auto-forma, educa y se auto-educa para los combates significativos, para desarrollar las capacidades de crear un cuerpo colectivo desde abajo, de re-crear un poder colectivo propio; o constituye un grupo de expertos en asuntos públicos y separados del cuerpo colectivo. Lo primero obliga a la izquierda a exponerse, a apostarse ella misma, a asumir en carne propia (y no en carne ajena) el riesgo de la experimentación, del sacrificio y la metamorfosis. Lo segundo servirá para gestar nuevos cuadros que alimenten la deriva centroizquierdista o el sectarismo dogmático.

O la izquierda independiente asume la política *ex parte populi*, es decir: desde el pueblo, “desde abajo”, proponiendo una democracia revolucionaria “donde gobernantes y gobernados se identifican por los menos idealmente en una sola persona y el gobierno se resuelve en el autogobierno”,⁵³ o asume la política *ex parte principis*, es decir, desde el Estado, desde el punto de vista de una elite política que reclama su “derecho” a gobernar o que se cree “destinada” a gobernar, por mandato de clase, casta o mérito individual.

O la izquierda independiente piensa (y hace) la política desde el movimiento de masas o la piensa (y hace) desde el aparato, desde la dirección.

La historia presenta innumerables casos de operaciones de reemplazo del deseo de los y las de abajo por el deseo de una elite predispuesta a representar y sustituir; una elite en la que se destacan los y las dirigentes con berretines de estadistas y gestores que terminan apropiándose de la “plusvalía política” de las clases populares, sumiéndolas en el fatalismo, la resignación y la impotencia.

La perspectiva es determinante, cada posición plantea visiones antagónicas de la política, por ejemplo:

- Entre la política comprendida como crítica de la realidad e ingreso al mundo de lo concreto y la política comprendida como alienación, dominio y control.
- Entre la política como una cuestión de construcción social y de poder popular o la política como una cuestión de “espacios” a ganar y seducir (por ejemplo a los “heridos” de alguna interna partidaria o a los desilusionados de algún proyecto).
- Entre el cambio social y la conservación social.

⁵³ Bobbio, Norberto, *Estado, gobierno y sociedad. Por una teoría general de la política*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1996, p. 82.

- Entre los sistemas de antagonismos (conflictualistas) y los sistemas de cohesión (integralistas).
- Entre el horizonte revolucionario de la ruptura del orden establecido, un horizonte marxista, mariateguista, guevarista, etc., o el horizonte del orden, un horizonte funcionalista,⁵⁴ conservador y/o liberal.
- Entre una “ética profética” o una “moral reformada”.⁵⁵
- O bien se asume a la sociedad civil (en sentido gramsciano) como ámbito privilegiado de las praxis emancipatorias, y de la construcción la legitimidad del poder popular, o bien se privilegia el ámbito del “poder político en sentido estricto” y el ámbito del Estado en los procesos de legitimación del poder.
- O bien la izquierda independiente asume su papel de “facilitadora” de la autoactividad y la autoorganización de las clases subalternas y oprimidas, o bien pone toda la energía en la creación de un aparato político. O se es para la experiencia con los otros y las otras, o se es para el aparato.
- O bien se adhiere al fondo preestablecido (el fetichismo del poder), o bien se encara la tarea de desarrollar el propio fondo de una política emancipadora (la reinención de la política).

Vale la pena insistir en que la opción estratégica por la primera esfera (la de la sociedad civil popular) no niega la importancia de las disputas y el desarrollo de procesos de legitimación en la segunda esfera (la del poder político en sentido estricto).

O la izquierda independiente persiste en la tarea de construir cada día un mundo nuevo y una sociedad anti y poscapitalista, sin abandonar la dimensión

⁵⁴ Sin entrar en detalles, planteamos que el horizonte funcionalista, entre otros elementos, se caracteriza por escindir la política de lo material (lo económico), lo social, lo cultural, etc. Concibe a la política como un “subsistema” absolutamente autónomo.

⁵⁵ Véase: Dussel Enrique, *Ética comunitaria*, Caracas, Fundación Editorial el perro y la rana, 2011, p. 118.

teleológica, eligiendo cuidadosamente los materiales adecuados para desarrollar una dimensión política práctica, o se suma a la administración de una decadencia.

Claro, existe un camino alternativo a esta polaridad. Es el camino de la izquierda tradicional y que consiste en refugiarse en el dogmatismo y en el sectarismo (el sectarismo del “partido de la clase” o el sectarismo de la “organización de base”, lo mismo da).

La misión de la izquierda independiente

“Nada es tan difícil como convertir la iniciativa ajena en iniciativa propia, nada tan difícil como robar el comienzo de los hechos. Con la iniciativa en manos extrañas, son los hechos los que imponen el error de uno; uno naufraga en los actos ajenos. Y ésta es una conclusión que vale tanto para la política como para la guerra.”

René Zavaleta Mercado, *El poder dual en América Latina* (1974)

La izquierda independiente deberá asumir que los instrumentos electorales, que las incursiones en los ámbitos democráticos formales, representativos y delegativos son, y serán cada vez más, expresiones parciales y deficientes de la voluntad popular.

Sin sobredimensionar sus capacidades de intervención práctica en el proceso histórico, sin adjudicarle funciones constituyentes directas a favor de las clases subalternas y oprimidas, esos instrumentos, aunque algo caducos en perspectiva histórica, podrán aportar a los procesos de auto-organización, auto-educación y autogobierno popular. Podrán contribuir a que el pueblo trabajador redescubra su propio poder real, su poder colectivo.

Al proponerse incursionar en el terreno electoral, la izquierda independiente deberá asumir la compleja tarea de deslegitimar al poder político en tanto expresión deformada del poder social.

Deberá criticar los criterios cuantitativos y abstractos sobre los que se funda el poder político.

Deberá persistir en la pasión política como pasión por lo real (y no por lo aparente), como pasión por el ser unido al deber ser, asumiendo el poder del pueblo como fundamento de su praxis, y deberá rechazar la política concebida y practicada como espectáculo y como astucia limitante del poder popular.

Deberá ejercer la *potestas* como medio para poner en acto la *potentia*.

Deberá persistir en la compasión política. Como decíamos más arriba: sentir el padecimiento del otro (subalterno, oprimido) como propio, sentir como el otro.

Deberá desburocratizar y restituir las funciones políticas a la sociedad, en particular a las clases subalternas y oprimidas.

Deberá cuestionar (y superar) las demandas y las formas tradicionales de la organización partidaria. Deberá evitar caer en el “tacticismo”, esto es: evitar que la táctica fagocite a la estrategia. Para lo cual resultará fundamental clarificar unas y otra. El principal riesgo del tacticismo es terminar como la táctica del otro. Es muy fina la línea que separa la astucia táctica (la astucia empírica, la astucia del corto plazo) de la estupidez estratégica.

Asimismo deberá evitar las tentaciones del centralismo como método para conjurar la heterogeneidad popular. Con esto no queremos negar la importancia práctica que ciertos niveles de centralización pueden tener en determinados contextos históricos. Sólo cuestionamos la apelación al centralismo como método permanente pensado desde las necesidades reproductivas de los aparatos políticos y desde una visión coyuntural y oportunista que no excede el sentido de su propia “eficacia”. De este modo, el centralismo, más que un recurso “práctico”, deviene en poderoso antídoto contra la autonomía y la libre iniciativa de las bases. Irremediablemente termina configurándose como un poder “a distancia” de las bases y del colectivo militante más amplio.

En determinados contextos históricos el centralismo puede generar el espejismo de un avance, pero difícilmente sea un avance popular, un avance “de la clase”. El centralismo siempre provee soluciones burocráticas, ya sea que se ejerza sobre el sustrato de las identidades indefinidas y los proyectos ambiguos, o sobre el sustrato del dogma y la ley. El centralismo no promueve la síntesis, sino la separación. El centralismo no promueve el descubrimiento, sino el ocultamiento. El centralismo prioriza lo formal sobre lo sustantivo, la opacidad particular sobre los fundamentos colectivos, la “eficacia política” sobre el cambio social. Es un método autojustificativo para militantes mediocres y cuadros tímidos que pretenden erigirse en unidad decisoria permanente y cerrada, que aspiran a entronizarse como “conducción” diferenciada y jerarquizada, más allá de la nobleza o de lo inconfesable de sus horizontes. El centralismo suele ser la consecuencia de la pérdida de confianza en la justicia de la propia causa. Igualmente, puede considerarse como un resultado del deterioro de una identidad. Así, el centralismo pretende llenar un vacío angustiante, derivado usualmente de la pobreza existencial de la organización, con reglamentos internos, jerarquías, una intensa “vida interna” y programas pulcros.

Creemos que siempre es mejor trabajar en pos de consolidar el campo anchuroso de una identidad plebeya y popular, a través de la auto-organización, las luchas y la formación de base, que pretender fundar la unidad de un colectivo apelando a recetas coercitivas y a la magia de los organigramas.

Lo primero construye la unidad popular sobre la base más sólida que podamos imaginar, con la argamasa de la identidad que garantiza la multiplicación de las praxis emancipatorias “autónomas” espontáneamente articuladas por un sentido compartido. Asimismo configura sistemas sinérgicos en los que esas praxis se articulan y se potencian en el marco de un movimiento general.

Lo segundo construye sectas dogmáticas, “núcleos duros” o grupos de operadores políticos con sus respectivos sequitos contenidos en estrictos

corrales. Cuando falta lo primero, todo lo que se mueve se convierte en peligroso, toda iniciativa se torna sospechosa, toda opinión puede ser desestabilizadora y se angosta el campo de las diferencias aceptables y negociables. Gradualmente se van modificando las percepciones respecto de la autonomía que, bajo la óptica de los administradores de pertenencias (el “centro”, la “dirección”, la “conducción” o instancias similares) comienza a ser considerada una manifestación de “liberalismo” e inorganicidad.

¿Cómo no ver en las invocaciones a favor del centralismo un abandono del principio de la autonomía y la adopción de un modelo político ajeno al *ethos* de la izquierda independiente? ¿Cómo no alertar sobre las preocupantes tendencias a la automutilación de su campo práctico? ¿Cómo no ver la acechanza de una política monocromática que en el afán de camuflar su déficit orgánico articula reformismo hacia fuera con autoritarismo hacia adentro?

La izquierda independiente deberá favorecer la apropiación de los medios de gobierno y poder por los y las de abajo, combatiendo el sustitucionismo en todos los planos, abortando las instituciones productoras de nuevas jerarquías y reproductoras de las viejas, alentando órdenes policromáticos y las proliferación de los campos prácticos. Vale recordar la sentencia engelsiana: “Allí donde se trate de una transformación completa de la organización social tienen que intervenir directamente las masas, tienen que haber comprendido ya por sí mismas de qué se trata, por qué dan su sangre y su vida [...] y para que las masas comprendan lo que hay que hacer, es necesario una labor larga y perseverante”.⁵⁶

Deberá desconfiar de los atajos fáciles, de las políticas sin calado. Una política radicalmente transformadora no puede, no debe, ahorrarse la tarea, larga y difícil, de convertir las necesidades inmediatas del pueblo en razón política. No puede ahorrarse el desierto.⁵⁷ Este es el único camino en el cual la izquierda

⁵⁶ Engels, Friedrich, *Op. cit.*, pp. 62-63.

⁵⁷ Michael Walzer, en su libro *Éxodo y revolución*, plantea la idea del desierto como símbolo de una pedagogía colectiva (lenta y despereja) en el itinerario de una larga marcha en la que se alternan derrotas y victorias y en la que se afirma una idea de la libertad basada en la cooperación. Afirma Walzer: “–Primero, que viva donde uno viva, probablemente sea Egipto. – Segundo, que hay un lugar mejor, un mundo más atractivo, una tierra prometida. –Y, tercero,

independiente puede constituirse como fuerza política revolucionaria. Este es el único camino para construir un proyecto colectivo.

Deberá evitar la seducción del juego de la política con sus brillos y apariencias, con su “hacer en nombre del pueblo”, con sus recursos limitados, con su visión parcial; y centrarse en los fundamentos: en la materialidad de las fuerzas sociales y los conflictos.

Deberá ir más allá de lo que poder dominante puede tolerar, aventurarse en los territorios inabarcables de la política. Deberá, por lo tanto, desbordar por todos los flancos el espacio institucional y simbólico que ofrece el poder dominante. De lo contrario, la izquierda independiente se condenará a los territorios superficiales, a la repetición y a la complacencia; será carne de sectas y/o de movimientos democrático-burgueses más o menos amplios.

Deberá responder siempre “revolucionariamente” a situaciones cambiantes pero sin dejar de ser idéntica a sí misma, esto es, sin abandonar el sólido terreno de su prospectiva. Deberá asumir su espacio y su tiempo y, sin petrificar sus posturas, vivir con practicidad y con coherencia su impulso utópico y su misión. En fin, deberá asumir la ímproba tarea de articular conciencia histórica y espíritu revolucionario.

Lanús Oeste, marzo/octubre de 2013

Bibliografía general:

AA.VV, *La primera internacional y el triunfo del marxismo-leninismo*, Buenos Aires, Editorial Porvenir, 1965.

que la ruta hacia la tierra es a través del desierto. No hay modo de llegar allí si no nos unimos y marchamos”. Véase: Michael Walzer, *Éxodo y revolución*, Per Abbat, Barcelona, 1986, p. 206.

- AA.VV, *Pensar las autonomías. Alternativas de emancipación al capital y el Estado*, México, Sísifo/Bajo Tierra/Jóvenes en Resistencia Alternativa, 2011.
- AA.VV, *Socialismo desde abajo*, Buenos Aires, Herramienta, 2013.
- Aguirre Rojas, Carlos Antonio, *Mandar obedeciendo. Las lecciones políticas del neozapatismo mexicano*, Buenos Aires, prohistoria ediciones, 2009.
- Arendt, Hannah, *¿Qué es la política?*, Barcelona, Paidós, 1997.
- Aubet, María José, *El pensamiento de Rosa Luxemburgo* (Antología), Barcelona, Serbal, 1983.
- Basso, Lelio: "La partecipazione antagonistica", en: *Neocapitalismo y sinistra europea*, Bari, Laterza editore, 1969.
- Biardeau R., Javier: "¡A luchar! La Revolución bolivariana ¿superará sus errores y debilidades?", en: *Herramienta*, Revista de debate y crítica marxista, N° 53, Buenos Aires, Julio de 2013.
- Bobbio, Norberto, *Estado, gobierno y sociedad. Por una teoría general de la política*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1996.
- Bolívar, Simón, *Carta de Jamaica*, Kingston, 5 de septiembre de 1815, en: www.cpihts.com, chequeado el 17 de octubre de 2013.
- Casas, Aldo, *Los desafíos de la transición. Socialismo desde abajo y poder popular*, Buenos Aires, Herramienta - El Colectivo, 2011.
- Castoriadis, Cornelius, "poder, política y autonomía", en: Ferrer, Christian (compilador), *El lenguaje libertario*, Buenos Aires, Anarres, 2007.
- Cattani, Antonio D.; Coraggio, José L. y Laville, Jean-L., *Diccionario de la otra economía*, Buenos Aires, Universidad de General Sarmiento, Altamira, Clacso-coediciones, 2009.
- Cieza, Guillermo, *Borradores sobre la lucha social y la autonomía*, Buenos Aires, Manuel Suárez Editor, 2004.
- Cooke, John William, *Obras completas*, (Tomos I-V), Buenos Aires, Colihue, 2007-2011. [Eduardo L. Duhalde compilador].
- Dahl, Robert A., *La poliarquía, participación y oposición*, México, Editorial Rei, 1996.
- Denis, Roland, *Las tres repúblicas. Retrato de una transición desde otra política*, Caracas, Ediciones Nuestramérica Rebelde, 2011.
- Dussel, Enrique, *20 tesis de política*, Caracas, Fundación Editorial el perro y la rana, 2010.

Dussel, Enrique, *Ética comunitaria*, Caracas, Fundación Editorial el perro y la rana, 2011.

Engels, Friedrich, *Introducción a la lucha de clases en Francia (1895)*, Buenos Aires, Papel Negro Editores, 2004. [Ouviaña, Hernán: "Introducción a la *Introducción*. El "testamento político" de Friedrich Engels].

Evans, Nicmer N., *Democracia y participación desde los Consejos Comunales*, Caracas, Fundación Editorial El perro y la rana, 2009.

Fanon, Frantz, *Los condenados de la tierra*, México, Fondo de Cultura Económica, 2007.

Ferrer, Christian (compilador), *El lenguaje libertario*, Buenos Aires, Anarres, 2007.

Gramsci, Antonio, *Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el Estado moderno*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1972.

Gramsci, Antonio, *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1984.

Hinkelammert, Franz J. y Mora Jiménez, Henry, *Economía, sociedad y vida humana. Preludio a una segunda crítica de la economía política*, Buenos Aires, Universidad Nacional de General Sarmiento - Altamira, 2009.

Iturriza López, Reinaldo: "Consejos Comunales: La fuerza principal", en: *Herramienta*, Revista de debate y crítica marxista, N° 53, Buenos Aires, Julio de 2013.

Korsch, Karl, *Karl Marx*, s/d, Folio, 2004.

Kosic, Karl, *Dialéctica de lo concreto*, Grijalvo, México, 1985.

Laclau, Ernesto, *La razón populista*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2005.

Lebowitz, Michael, *El socialismo no cae desde el cielo: un nuevo comienzo*, Caracas, Monte Avila, 2010.

Lukacs, Georg, *Lenin*, Buenos Aires, La Rosa Blindada, 1968

Luxemburgo, Rosa, *Reforma o revolución*, Buenos Aires, Editorial Nativa, 1971.

Mandel, Ernest, *La burocracia*, Buenos Aires, La Espiral, 1971.

Marx, Karl: "Manifiesto inaugural de la Asociación Internacional de los trabajadores", en: AA.VV, *La primera internacional y el triunfo del marxismo-leninismo*, Buenos Aires, Editorial Porvenir, 1965.

Marx, Karl, *La guerra civil en Francia*, Barcelona, Ediciones de Cultura Popular, 1968. Prólogo de Federico Engels.

Marx, Carlos, *Miseria de la Filosofía*, Madrid, Sarpe, 1984.

Marx, Karl, *Introducción general a la crítica de la economía política/1857*, México, Cuadernos de Pasado y Presente, 1984.

Marx, Karl y Engels, Friedrich, *La ideología alemana*, Buenos Aires, Ediciones Pueblos Unidos, 1985.

Marx, Karl, *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse) 1857-1858*, Tomos 1 y 2, México, Siglo XXI, 1997.

Marx, Karl: "Carta a Arnold Ruge" (Septiembre de 1843), en: Marxists Internet Archive, en: www.marxists.org. Traducción al Castellano: Virginia Monti, 2008.

Matusevicius, Jorgelina, "Nuevas apuestas, viejos problemas. Apuntes para una caracterización de la nueva izquierda argentina", en: Revista *Contra-tiempos*, N° 0, Buenos Aires, Mayo de 2013.

Mazzeo, Miguel, *El sueño de una cosa. Introducción al poder popular*, Buenos Aires, El Colectivo y Caracas, El perro y la Rana, 2007.

Merleau-Ponty, Maurice, *Fenomenología de la percepción*, Barcelona, Planeta-De Agostini, 1985.

Mills, C. Wright, *La elite del poder*, México, Fondo de Cultura Económica, 1987.

Mosquera, Martín, "Hacia una alternativa política de nuevo tipo", en: www.elcieloporosalto.com.ar. Chequeado el 12-9-2013.

Novack, George, *Democracia y revolución. De los griegos a nuestros días*, México, Fontamara, 1996.

Organización política marxista rusa Vpered, *Actualidad del marxismo. Respuestas de Daniel Bensaïd a las preguntas de jóvenes militantes de la organización política marxista rusa Vpered, tras, tras su congreso en Moscú de noviembre de 2006*, en: Revista *Contra-tiempos*, N° 0, Buenos Aires, mayo de 2013

Paoli, Arturo, *Dialogo de la liberación*, Buenos Aires, Ediciones Carlos Lohlé, 1970.

Petrucelli, Ariel, "Dilemas y desafíos del socialismo en nuestro tiempo", en: Revista *Contra-tiempos*, N° 0, Buenos Aires, Mayo de 2013.

Rawls, John, *Liberalismo político*, México, Fondo de Cultura Económica, 1995.

Riazanov, David, *Marx y Engels*, Buenos Aires, Ediciones IPS, 2012. [Christian Castillo y Juan Dal Maso: "Presentación"; Matías Maiello: "La Vida de David Riazanov"].

Rosanvallón, Pierre, *La autogestión*, Madrid, Fundamentos, 1979.

Rozitchner, León, *Filosofía y emancipación. Simón Rodríguez: el triunfo de un fracaso ejemplar*, Buenos Aires, Ediciones de la Biblioteca Nacional, 2012.

Rozitchner, León, *Moral burguesa y revolución*, Buenos Aires, Ediciones de la Biblioteca Nacional, 2012.

Rozitchner, León, *Perón: entre la sangre y el tiempo. Lo inconsciente y la política*, Buenos Aires, Ediciones de la Biblioteca Nacional, 2012.

Sartori, Giovanni, *Teoría de la democracia. 1. El debate contemporáneo*, Madrid, Alianza.

Sartori, Giovanni, *¿Qué es la democracia?*, México, Fondo de Cultura Económica, 1997.

Serge, Víctor, *El año I de la Revolución Rusa*, Buenos Aires, Ediciones ryr, 2011.

Touraine, Alain, *¿Qué es la democracia?*, Montevideo, Fondo de Cultura Económica, 1995.

Vilas, Carlos María, *El poder y la política. El contrapunto entre razón y pasiones*, Buenos Aires, Biblos, 2013.

Walzer, Michael, *Éxodo y revolución*, Per Abbat, Barcelona, 1986.

Weber, Max, *Economía y sociedad*, México, Fondo de Cultura Económica, 1984.

Zavaleta Mercado, René, *El poder dual en América Latina*, México, Siglo XXI, 1974.

[Sobre el autor]

Miguel Mazzeo. Profesor de Historia y Doctor en Ciencias Sociales por la Universidad de Buenos Aires (UBA). Docente en la UBA y en la Universidad de Lanús (UNLa). Docente de la Escuela Nacional Florestán Fernández (ENFF) del Movimiento Sin Tierra (MST) de Brasil, en el Seminario de Teoría Política Latinoamericana "José Carlos Mariátegui" de Venezuela, y en espacios de formación de distintas organizaciones populares y movimientos sociales de Argentina y Nuestra América. También ha participado, como expositor y coordinador, en diversas Cátedras Libres en Buenos Aires y en el interior del

país. Escritor. Autor de varios artículos y libros, entre los últimos se destacan: *¿Qué (no) hacer? Apuntes para una crítica de los regímenes emancipatorios*, publicado por Antropofagia, Buenos Aires, 2005 y por Libros de Anarres, Buenos Aires, 2011; *El Sueño de Una cosa. Introducción al poder popular*, publicado por la editorial El Colectivo (Buenos Aires) y por la Fundación Editorial El perro y la rana (Caracas) en 2007; *Invitación al descubrimiento, José Carlos Mariátegui y el Socialismo de Nuestra América*, publicado por El Colectivo y por Minerva (Lima) en 2008, y por La Fundación Editorial el perro y la rana, en 2011; *Poder popular y nación. Notas sobre el Bicentenario de la Revolución de Mayo*, publicado por El Colectivo/Ediciones Herramienta, en 2011; *Conjurar a Babel, Notas para una caracterización de la nueva generación intelectual argentina*. El Colectivo/Dialektik, en 2011; *El socialismo Enraizado: José Carlos Mariátegui, vigencia de su concepto de “socialismo práctico”*, Lima, Fondo de Cultura Económica, 2013.

Fue uno de los fundadores, en el año 1991, de la Agrupación Universitaria José Carlos Mariátegui (La Mariátegui) y de la Corriente Estudiantil de Unidad Popular (CEUP), ambas en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA. Asimismo participó en la organización del Encuentro de Organizaciones sociales (EOS) desde 1997, de la Coordinadora de Organizaciones Populares Autónomas (COPA) desde 2001 y de la Coordinadora de Organizaciones de Movimiento Populares Autónomos (COMPA), desde 2010. A fines de los 90 se vinculó a los Movimientos de Trabajadores Desocupados Aníbal Verón del sur del Gran Buenos Aires donde desarrolló tareas de formación, entre otras. Fue militante del Frente Popular Darío Santillán desde su fundación en 2004 hasta 2013.

Índice

Prólogo

Introducción

Lucha política, crítica de la política

Los riesgos de las incursiones en territorios ajenos

Perfiles de la izquierda independiente

¿Cómo ganar (algo) jugando un juego ajeno?

Repensar la transición

Lo social y lo político

La política en el largo tiempo. La impotencia de la política convencional

Las enseñanzas de la Revolución Bolivariana

Lo instituido y el poder popular

Palabras nuevas

A prudente distancia de las representaciones

Otro camino para el retroceso de la izquierda independiente: el corporativismo y el sectarismo social y político

Dilemas

La misión de la izquierda independiente

Bibliografía general

[Sobre el autor]